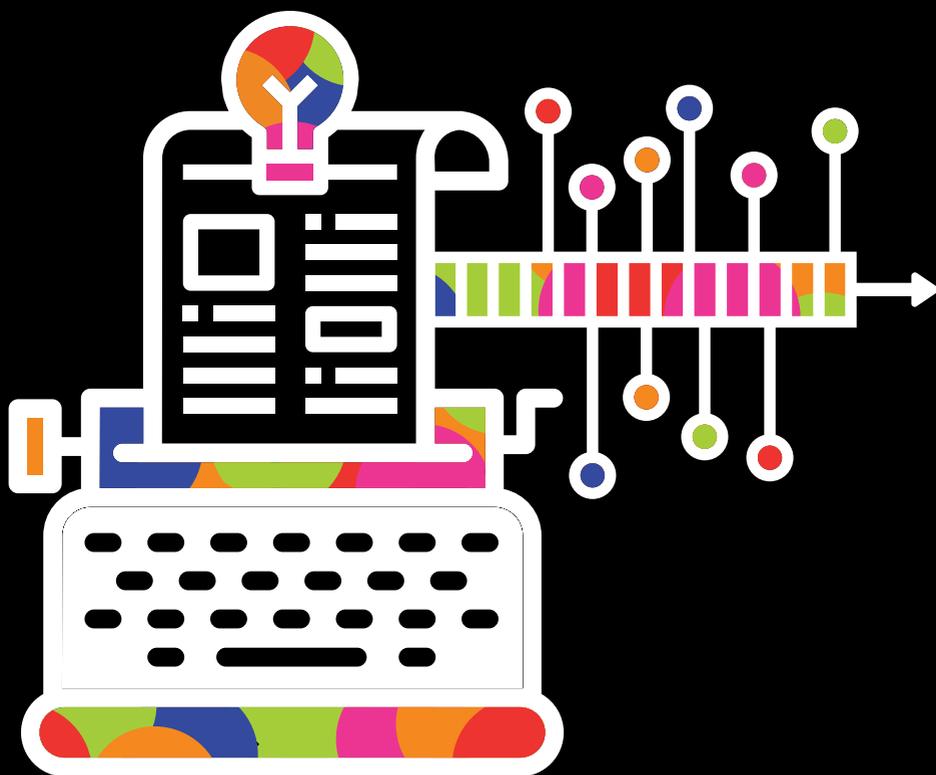


ESCRITORES Y ESCRITURA EN LA PRENSA

■ Laura Juárez (editora)



ESCRITORES Y ESCRITURA EN LA PRENSA

■ Laura Juárez (editora)

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Tapa: D.C.V. Leandra Larrosa

Editora por la Prosecretaría de Gestión Editorial y Difusión: Leslie Bava

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2019 Universidad Nacional de La Plata

ISBN 978-950-34-1759-1

Colección Colectivo Crítico, 4

Cita sugerida: Juárez, L. (Ed.). (2019). *Escritores y escritura en la prensa*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Colectivo crítico ; 4). Recuperado de <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/138>



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decana

Prof. Ana Julia Ramírez

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretario de Asuntos Académicos

Prof. Hernán Sorgentini

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Dra. Laura Rovelli

Secretario de Extensión Universitaria

Dr. Jerónimo Pinedo

Prosecretario de Gestión Editorial y Difusión

Dr. Guillermo Banzato

Índice

Presentación..... 7

Primera parte

La biblioteca de José Hernández en su labor periodística
María Celina Ortale 15

La Misión de la Peregrina. Juana Manuela Gorriti y su proyecto
americanista: *La Alborada del Plata* (1877-1878)
María Florencia Buret 41

Segunda parte

Los cuerpos invisibles. Sobre las aguafuertes cariocas
de Roberto Arlt
Pilar Cimadevilla 91

¿Cómo narrar la guerra? Periodismo masivo y escritura literaria
en Argentina
Laura Juárez 121

Tercera parte

<u>“La poesía sobrevive en el tajo de sus corrientes extrañas”. Crítica de arte y autofiguraciones de Juan Gelman en <i>Página/12</i> Carolina Maranguello</u>	<u>149</u>
--	------------

Anexos documentales

Aguafuertes uruguayas

Edición y compilación de Laura Juárez y Pilar Cimadevilla

<u>Prefacio. En viaje a Uruguay</u>	<u>183</u>
---	------------

<u>Aguafuertes uruguayas</u>	<u>185</u>
------------------------------------	------------

Índices de la participación de los escritores en los diarios

Raúl González Tuñón en *Clarín*

<u>Laura Codaro</u>	<u>249</u>
---------------------------	------------

Juan Gelman en *Página/12*

<u>Carolina Maranguello</u>	<u>263</u>
-----------------------------------	------------

Miguel Briante en *Página/12*

<u>Carolina Maranguello</u>	<u>281</u>
-----------------------------------	------------

<u>Las autoras</u>	<u>313</u>
--------------------------	------------

Aguafuertes uruguayas

Edición y compilación de Laura Juárez y Pilar Cimadevilla

Prefacio

En viaje a Uruguay

Un viaje es, ¿no les parece a ustedes que un viaje es como ir apresuradamente al encuentro del destino que no tiene forma y que guarda misterios que no sabemos en qué consisten?

“Frente al viaje”

Roberto Arlt

Dos años después de haber comenzado a trabajar en *El Mundo*, Roberto Arlt inicia su primer viaje como corresponsal del diario fuera del país. Luego de haber escrito más de 500 aguafuertes y de haberse convertido en muy poco tiempo en el escritor estrella del matutino, con una fuerte impronta e influencia en el público lector, Carlos Muzio Sáenz Peña, el director del periódico, lo envía por primera vez a recorrer algunos países de Latinoamérica. Atravesado por un entusiasmo desbordante, el escritor se embarca en marzo de 1930 a bordo del *Asturias* con el anhelo de conocer Uruguay, Brasil, Guayanas, Colombia y Ecuador. Sin embargo, una vez instalado en Río de Janeiro, deberá regresar a Buenos Aires para recibir el tercer premio del Concurso Municipal de Literatura por su novela *Los siete locos*.

Presentamos aquí las notas en las que Arlt refiere los preparativos de su inminente viaje y las diecinueve crónicas sobre su visita a

Uruguay. Estas aguafuertes suman a las diferentes compilaciones que reúnen los textos de viajes del escritor, aquellos esbozos en los que Arlt inaugura el rol de corresponsal que desempeñará a lo largo de la década del treinta para *El Mundo*.¹ Es por ello que estos escritos resultan más que significativos. Aquí se ponen en escena las grandes preguntas a las que Arlt volverá una y otra vez en sus diferentes recorridos por el interior del país y el extranjero: ¿qué es un viaje? ¿Cómo debe actuar un viajero en relación a lo desconocido? ¿Cuál es la labor de un cronista escritor?

A partir de estos interrogantes iniciales, y con la convicción de que estas primeras notas de viaje funcionan como la puerta de entrada para una zona poco transitada dentro de la gran obra periodística de Roberto Arlt, damos paso a estas crónicas en las que el escritor logró ensamblar geografías materiales, mapas imaginarios e influencias poéticas.

¹ Cabe aclarar que estas notas fueron publicadas anteriormente solo en una edición en Uruguay de casi imposible acceso para los lectores locales. Por eso las reproducimos en esta compilación.

Aguafuertes uruguayas

Con el pie en el estribo (Aguafuertes porteñas, 8 de marzo de 1930)

Me rajo, queridos lectores. Me rajo del diario... mejor dicho, de Buenos Aires. Me rajo para el Uruguay, para Brasil, para las Guayanas, para Colombia, me rajo...

Continuaré enviando notas. No lloren, por favor, ¡no! No se emocionen. Seguiré alacraneando a mis prójimos y charlando con ustedes. Iré a Uruguay, el París de Sud América, iré a Río de Janeiro, donde hay cada “menina” que da calor; iré a las Guayanas, a visitar los presidarios franceses, la flor y crema del patíbulo de ultramar. Escribo y el “cuore” me late aceleradamente. No doy con los términos adecuados. Me rajo indefectiblemente.

¡Qué emoción!

Hace una purretada de días que ando como azonzado. No doy pie con bola. Lo único que se aparece ante mis ojos es la pasarela de un “piccolo navío”. ¡Yo a bordo! ¡Me caigo y me levanto! ¡Yo a bordo! “¡Hay dió!” Si me acuerdo de mis tiempos turros, de las vagancias, de los días que dormí en las comisarías, de las noches, entendámonos, de los viajes en segunda, del horario de ocho horas cuando laburaba de dependiente de librería; del horario de doce y catorce horas, también, en otro boliche. Me acuerdo de cuando fui aprendiz de pintor,

de cuando fui aprendiz de hojalatero, de cuando vendía papel y era corredor de artículos de almacén; me acuerdo de cuando fui cobrador (los cobradores me enviaron un día una felicitación colectiva). ¿Qué trabajo maldito no habré hecho yo? Me acuerdo de cuando tuve un horno de ladrillos; de cuando fui subgerente del Ford, ¿qué trabajo maldito no habré hecho yo? Y ahora, a los veintinueve años, después de seiscientos días de escribir notas, mi gran director me dice:

—Andá a vagar un poco. Entretenete, hacé notas de viaje.

Bueno. El caso es que he trabajado. Sin vuelta. La he yugado cotidianamente, sin un domingo de descanso. Cierto es que mi trabajo dura exactamente treinta minutos, y que luego me mando a mudar a tomar fresco. Pero eso no impide que baile en cuatro pies.

¡Conocer y escribir sobre la vida y la gente rara de las Repúblicas del norte de Sud América! Digan, francamente, ¿si no es una papa y una lotería?

Dos trajes, nada más

Ustedes me dirán qué programa tengo. No tengo ningún programa, no llevo ninguna guía. Lo único que llevo en mi valija son dos trajes. Un traje para tratar con personas decentes y otro hecho pedazos, con un par de alpargatas y una gorra desencuadrada.

Pienso mezclarme y convivir con la gente del bajo fondo que infesta los pueblos de ultramar. Conocer los rincones más sombríos y más desesperados de las ciudades que duermen bajo el sol del trópico. Pienso hablarles a ustedes de la vida en las playas cariocas; de las muchachas que hablan un español estupendo y un portugués musical. De los negros que tienen sus barrios especiales, de los argentinos fantásticos que andan huidos por el Brasil; de los revolucionarios de incógnito. ¡Qué multitud de temas para notas en ese viaje maravilloso que me hace escribir en la “Underwood” de tal manera que hasta la mesa tiembla bajo la trepidación de las teclas!

¡Viajar... viajar!

¿Cuál de nosotros, muchachos porteños, no tenemos ese sueño? ¡Viajar! Conocer cielos nuevos, ciudades sorprendentes, gente que nos pregunte, con una escondida admiración:

— ¿Usted es argentino? ¿Argentino de Buenos Aires?

Ustedes saben perfectamente cómo soy yo. No me caso con nadie. Digo la verdad. Bueno: iré a ver esos países, sin prejuicios de patriotismo, sin necesidad de hablar bien para captarme la simpatía de la gente. Seré un desconocido, que en ciertas horas va bien vestido y en otras parece un atorrante, mezclado con los cargadores de los puertos. Trataré de internarme en la selva brasileña. Conoceré ese maravilloso bosque tropical que es todo luz, vida y color. Mandaré mis notas por correo aéreo. Digo que el corazón me late más rápido que nunca. ¡Lejos, lejos, lejos!

Y esta ciudad

Donde vaya me llevaré la visión de esta ciudad. Donde esté siempre sabré, como lo sé ahora, que miles y miles de amigos invisibles, siguen mi trabajo con sonrisa cordial. Que en el tren, el tranvía o la oficina, entreabrirán el diario pensando:

— ¿Qué noticias nuevas mandará ese vago?

Porque me honro y enorgullezco de pertenecer a la gran cofradía de los vagos, de los soñadores que trotan por el mundo y que les proporcionan a sus semejantes, sin trabajo ninguno, los medios de ir de un rincón a otro, con el único pasaje de cinco o diez centavos y el boleto de un artículo, a veces bien y a veces mal escrito...

¡Saraca! ¡Victoria! ¡Abandono la noria! Van a ver ustedes qué notas les enviaré... (se me va la mano... como siga en este tren, terminaré por escribir una macana). No llevo guías ni planos con cotas de nivel, ni libros informativos, ni geografías, ni estadísticas, ni listas de personajes famosos. Únicamente llevo, como introductor magnífico

para el vivir, dos trajes, uno para codearme con la gente decente, otro roto y sucio, el mejor pasaporte para poder introducirme en el mundo subterráneo de las ciudades que tienen barrios exóticos. Felicidad, grandes amigos.

Frente al viaje (Aguafuertes porteñas, 9 de marzo de 1930)

Me he sentado a la mesa de un bar de Avenida de Mayo, y pensando en la proximidad de mi viaje se me ha encogido despacio el corazón.

Y, sin embargo, hacía unas horas estaba contento. ¿Por qué esa angustia, entonces? La he observado en todos. Un viaje es, ¿no les parece a ustedes que un viaje es como ir apresuradamente al encuentro del destino que no tiene forma y que guarda misterios que no sabemos en qué consisten?

Lo desconocido

Siempre que resolvemos ir al encuentro de lo desconocido, el corazón se achica así por unos minutos. Es la sensación de que se va a encarar algo definitivo, y de pronto los ojos y el recuerdo se amarran a todo lo presente... Me he dicho que esta Avenida de Mayo será, dentro de unos días, tan solo un recuerdo; que sus bares y confiterías tendré que representármelos mediante un esfuerzo de memoria y he inclinado la cabeza. ¿Qué sorpresas me aguardan en este viaje? ¿Qué aventuras? ¿Qué gente conoceré? ¿Qué me va a ocurrir?

Sé, como todos lo sabemos, que dentro del terreno de la lógica, mi vida se tiene que desenvolver normalmente, pero, ¿y si no fuera así? Un viaje es ir de sorpresa en sorpresa.

Luego... luego he pensado en las tristezas nuevas que tengo que conocer. Porque no hay una sola tristeza, sino muchas tristezas. La tristeza del “sol de viaje” como decía Ricardo Güiraldes; la tristeza de arribar a puertos desconocidos; la tristeza de las despedidas, que son

para siempre jamás; la tristeza de dormir en cuartos de hoteles por los que uno probablemente no pasará más; la tristeza del crepúsculo en el mar, frente a la cambiante llanura de agua, mientras que se piensa en las calles de Buenos Aires, en los rincones que uno conoce, mientras se sabe que a la hora tal de la estación de X, sale un tren para tal paraje, y de la estación de N, otro para un pueblo en el que uno ha estado. Y el barco camina, y uno está allí...

Es lindo viajar

Sí; ya sé que es lindo viajar. Pero pienso en la noche. En el barco amarrado a Dársena Norte, en la oscuridad donde centellean como luciérnagas las lámparas eléctricas iluminando al soslayo el negro brazo de los guinches, pienso en los puentes iluminados de los otros barcos; dos o tres amigos que me despedirán. Las manos que se mueven, el barco que se separa del murallón; la ciudad iluminada, el viento frío que viene de lejos; las manos que se achican, los cuerpos que se hacen pequeños. Luego nada. Después otra vez el costado iluminado de la ciudad; los letreros de gas verde, naranja y azul en lo alto de los rascacielos; y en un callejón de tinieblas distantes, Retiro o el Pacífico, la fugitiva serie de ventanillas iluminadas de un tren que desaparece en una curva.

Así será todo esto hoy o mañana. Y yo habré realizado mi sueño, que ahora está en preparación y no por eso seré más feliz.

Porque, ¿saben?, yo creo que los únicos sueños que nos proporcionan felicidad son los irrealizables. Aquellos que escapan al dominio de nuestra voluntad. Todo deseo que uno puede volcar a la realidad deja de ser sueño, se convierte en suceso corriente, y el alma se le cae a uno de entre las manos. Pienso así, porque me he encontrado con un amigo que me ha dicho:

—Verdaderamente, tenés suerte. Vas de éxito en éxito.

Sí; eso es relativamente cierto. Pero lo que yo no le he contestado

a este amigo es que esos éxitos, que él secretamente quisiera para él, me cuestan una moneda que posiblemente de tener que pagarla él, diría rotundamente: “No. No me conviene tu felicidad”.

Me acuerdo de que cuando Coolidge dejó la presidencia de Estados Unidos para entregarla a Hoover, dijo en su discurso final:

“Cuesta muy caro ser presidente de Estados Unidos”. Yo leí esa frase y me quedé cavilando, luego me dije: “Este hombre ha dicho la verdad. Cuesta caro”.

La vida es así

Pero qué le vamos a hacer. La vida es así. Y nosotros estamos hechos de este modo. Yo sé que si me dijeran “podés anular este viaje”, no desistiría de mi propósito de hacerlo; sé que si no pudiera efectuarlo, sufriría. Lo voy a realizar y pienso con tristeza en él... Realmente: el hombre es una mala bestia. Y es que me doy cuenta de lo siguiente: para ser feliz habría que no tener absolutamente ni un adarme de sensibilidad. Ser piedra e instinto. Nada más.

No terminé de pensar esto, cuando otro amigo se instala a mi mesa, y dándome palmadas en la espalda me dice:

—Bueno; ¡y después quejate de que no sos feliz!

Y yo he sonreído, con sonrisa de ministro aborigen que saluda el paso de una manifestación, y he dicho:

—Sí, viejo; soy el tío más feliz de la ciudad.

“Au revoir” (Aguafuertes porteñas, 10 de marzo de 1930)

Me he encontrado con una purretada de cartas encima del escritorio.

Son saludos de los lectores. De lectoras. ¡Agradecidísimo! Eso de que le escriban saludándolo a uno, es muy lindo. Sobre todo cuando se va solo... Un lector, me dice: “Quédese Arlt y óigalo a Martín Fierro: “No te apartes del rincón donde empezó tu existencia...” Y me cuenta este estimado señor, que firma Cimedilla, que acostumbró a viajar de

“polizón”, es decir, sin formar con el pasaje, por muchas ciudades.

Así creo que es desagradable viajar. Pero yo, compañero, tengo un poquito más de suerte que usted. Viajaré de primera. Y sin pagar: porque pagará el diario, lo cual es doblemente lindo. ¿No le parece? Después otra cosa. Si Martín Fierro no se hubiera apartado del rincón en que nació, no tendríamos hoy el relato de sus aventuras.

Una lectora, a su vez, inteligentemente, me dice: “Ya que va a mandar sus aguasfuertes por aeroplano, ¿por qué no las denomina Aguasfuertes Aéreas?” ¿Sabe, señorita Marinú, que su ocurrencia es buena? Pasa a consideración del director.

Unos señores, Herrera y compañía, me piden el día y la fecha en que me embarco. Es hoy, lunes, a las diez de la noche, en el transatlántico “Asturias”, de la Mala Real Inglesa.

Señor Vázquez. No se ponga triste porque me rajo. Continuaré enviando notas, y trataré de que no sean secantes. Y de que usted, al levantarse a la mañana y trepar al bondi abra *El Mundo* en su hoja habitual y me lea, sin haber perdido nada.

Señorita Gómez: Muchas gracias por sus buenos augurios. Trataré de entretenerme por el camino, como usted me aconseja.

Señora F. L. de B.: Reconocidísimo por sus buenas palabras. Gracias por el saludo de su hijito y el de su esposo.

Señor Claridad. No haré, ni tenga miedo de que piense hacerlo, política “tiranicida”, desde esta sección. Iré a pasear por las repúblicas del norte, como un gran aburrido. Sin más. Su Seguro Servidor.

Señor Estudiante de Ocultismo: Encantado de su disertación. La leeré más atentamente en el océano.

Sensación de viaje

Es curioso: he arreglado mis maletas (dos maletas: la más grande contiene papeles y manuscritos de dos novelas y cuentos que preparo; la más chica, la ropa) y todavía no tengo la sensación del viaje. Del

viaje en transatlántico. Cierto es que he viajado por los riachos del Tigre, en un chinchorrito; pero de una barquizuela con motor a nafta, y un paquete que desplaza 22.000 toneladas como el “Asturias”, debe mediar alguna diferencia. Así creo yo.

Y aunque quiero imaginarme lo que pensaré a bordo, lo que experimentaré en sensaciones, no hay caso. Sé que me voy, pero de eso a la “sensación de viaje”, hay un trecho demasiado largo.

Hoy he merodeado por los parajes donde había andado cuando he sido purrete. He saludado a viejos amigos. He pasado frente a lugares donde no viví, ciertamente, momentos agradables. ¡Nada! El corazón ha permanecido tranquilo, y esa pena que hace años me imaginaba que experimenta el viajero al irse, no ha aparecido en mí. Y lo más grave es que no puedo hacer la comedia de la tristeza y decir pavadas. ¡Irse!... Yo, todavía, no sé lo que es irse. Dicen que los viajes cambian a las personas, que un viaje es bueno para la inteligencia. Puede ser... Pero ya le he perdido confianza a los lugares comunes que se estilan en los trances de la vida.

Lo único que sé es que voy a trabajar vaya a donde vaya. La única válvula de escape que tengo en la vida es eso: escribir. El agrado que recibo es este: saber que me leen. Y lo demás me deja frío. ¿Qué el viaje me encanta? ¡Es claro! ¿A quién no le va a agradar? Después espero conocer más vidas, más novelas reales. Debe haber rincones maravillosos en las distancias, psicologías estupendas, tipos que todavía no los ha imaginado ningún cerebro.

En todo esto hay una coincidencia curiosa. Hace diez años justo, salí para la provincia de Córdoba. Ese viaje tuvo efectos decisivos en mi destino. Hoy, en el aniversario de aquella partida, salgo del país. Hay momentos en que me inclino a creer que una mano misteriosa rige la vida del hombre.

Recuerdo que en el famoso invierno del 17 o el 18, cuando nevó en Buenos Aires, un telegrafista aventurero y muerto de hambre, que

por todo equipaje tenía una cajita de cartón con dos pañuelos y una camisa rota, y además una espada de no sé qué héroe apócrifo de la Independencia, me hizo el horóscopo de que atravesaría el mar, y de que caminaría por tierras exóticas. No sé por qué ahora me ha venido a la memoria la estampa de ese enlutado charlatán, que en un cuarto polvoriento esgrimía sobre mi cabeza la espada para “ahuyentar los malos espíritus”, como él decía.

Esta noche a las diez. Faltan unas cuantas horas. Posiblemente escriba otra nota. Sí; si tengo tiempo dejaré una nota hecha para el martes. Menos mal que no hago el viaje en día martes, porque el proverbio ya dice: “En martes no te cases ni te embarques”.

¡Ah! ¡Qué mal educado soy! Muchas gracias, otra vez, por las palabras cordiales que se han molestado en escribirme.

¡“Au revoir”! ¡Hasta la vista!

Y me voy en martes (Aguafuertes porteñas, 11 de marzo de 1930)

Esta nota saldrá el martes, pero la escribo hoy, en las últimas horas del lunes. Ando con el colmo de la yeta. Parece que de Buenos Aires debía llevarme un mal recuerdo, porque el tiempo ha estado endiablado y lluvioso; casi me tritura un camión... parece mentira, tengo los huesos ilíacos adoloridos a causa del choque.

Resulta que venía en un auto colectivo; al llegar a Avenida La Plata y Rivadavia, un bestia de conductor de un camión gira rápidamente, su guardabarro tomó la cola del colectivo y durante un décimo de segundo tuve la sensación de morir bien aplastado. Las consecuencias fueron que el colectivo saltó unos metros de su ruta, y que los que veníamos embaulados allí, experimentamos una sacudida brutal.

Y, como si esto no fuera suficiente, el “Asturias” sale a las 0,15 del martes; de modo que si no es andar con toda la yeta, poco le falta.

Estoy más que seguro que un romano o un griego, con estos pé-

simos augurios, ni por broma se hubiera embarcado, no en un transatlántico, que en esa época no existían, sino en una mísera gabarra.

Además he andado todo el día de la ceca a la meca. Parece mentira todas las vueltas que tiene uno que dar cuando se pone en viaje. No termina uno de hacer paquetes y guardar porquerías y saludar a la gente y recibir cartas de recomendación. Tengo un paquete como para darle envidia a un cartero. Se me ocurre que todas las recomendaciones las voy a tirar al río para que se indigesten los peces.

Lo único que falta ahora es que el barco se vaya a pique y yo reviente ahíto de agua.

Recomendaciones

Todo el mundo se ha considerado obligado, por amistad, a recomendarme a Fulano y a Mengano. Tengo cartas para ex ministros que deben haber saqueado las republiquetas que los aguantaron con todos sus antorchados, cartas para escritores a quienes me cuidaré muy bien de ir a ver porque no hay peor bicho que un escritor, cartas para señores que tienen que ver con la política y todas sus bambollas y hasta para dueños de teatro.

Estoy más que seguro que no iré a ver a nadie, porque sé lo que va a ocurrir. Me recibirán con los brazos abiertos, me invitarán a tomar un copetín o cualquier brebaje de “industria nacional” que tendré que aplaudir aunque sienta que me ulcera el estómago, me llevarán a ver los edificios públicos, que son unos adefesios en todas las partes del mundo, y convencionalmente me veré obligado a abrir los ojos y la boca como platos, a estirar los brazos hasta el cielo y a repetir las cuatro o cinco frases de cajón que todo viajero atorrante repite a los nativos del país que visita para que le paguen el almuerzo o lo inviten a cenar.

Y todo esto me revienta hasta el cansancio.

Quiero andar por todas partes como se me dé la gana. De zapatos

o alpargatas. No quiero tener obligaciones con caballeros de ninguna naturaleza, ni buenos ni malos; no quiero extasiarme artificialmente frente a ningún Partenón aborígen, ni tampoco quiero que me acompañen comedidos cargosos que a todas las cosas que mire, me preguntarán:

— ¿Y qué le parece esto a usted?

¡Por favor!

Además, un recomendado revienta a la gente. Quiera uno que no, tiene que atender a cualquier vago que se le presenta con unas cuantas cartas, y yo no estoy para que me atiendan de buena ni de mala gana. Prefiero andar solo.

Después hay otra cosa. Y es que uno no puede hablar mal de quien lo atendió bien. Porque si usted va recomendado a cualquier parte y utiliza esas recomendaciones y luego escribe pestes, la gente lo primero que dice es esto:

—Habla mal porque no consiguió lo que pretendía.

¡Hágame el favor con los recomendados! Yo he visto llegar recomendados de todos los países de Sud América. No había uno que no se presentara como desterrado por el gobierno de su país, por ser “un hombre peligroso”. Y usted, que no era nada otario, le sobraba la pinta al hombre peligroso, y de lo único que llegaba a darse ampliamente cuenta era de que ese hombre era peligroso abandonarlo solo en una despensa o en una panadería.

Pocas horas

Faltan unas pocas horas, y siento en el alma dejar esta ciudad donde trabajé, donde más de una vez me tuve que romper el alma y que es, como dice Nietzsche, “dura para el amigo como un buen lecho de campaña”.

Sí, pienso con gran pena que quizá por cuánto tiempo todas estas calles y lugares donde vagabundee serán un recuerdo. Por cuánto

tiempo iré como forastero por ciudades que nunca he visto, subiré a trenes, conversaré con gente ignota; luego, como siempre, la tristeza de los adioses, los apretones de manos cálidos, y nuevos parajes que conocer, nuevas vidas...

He estado una hora sentado en un café frente a una tienda que lleva este letrero: "Fundada en 1900". Salió el patrón, un gordo amarillo y canoso, a mirar el caer de la lluvia, y se quedó un rato así, en perfecta tranquilidad de desocupado con renta. Lo miré, tuve la sensación de que ese hombre levanta la guardia en su covacha hace treinta años y que se le importa un pepino de la literatura, de la vida y de la belleza. Lo miré y juro que le tuve envidia, una envidia triste, acaracolada en torno de un eje de angustia.

Ya estamos a bordo (Informaciones de viaje, 13 de marzo de 1930)

Me han pasado la mula. Protesto. Este Río de la Plata es el río menos de plata y más barroso que he conocido. Un verdadero río rasposo; sin olas, sin tiburones y sin ballenas. El barco navega lentamente por un callejón negro rodeado de faroles rojos y verdes. Son las boyas que señalan el camino. A momentos estalla un relámpago y entonces el río se presenta amarillento, siniestro; parece una verdadera extensión de tierra pisoteada por caballos y donde uno cree ver doblarse, en la distancia, la estampa de un biabista que dará el golpe de furca al primer desdichado que cruce esa soledad. Más que río, un gran terreno que hoy o mañana se rematará en ciento veinte mensualidades. Luego las tinieblas, las boyas dejando en el agua estrías vinosas y el barco que, estremecido como por un chucho, retiembla suavemente en su deslizamiento.

En otros momentos el río parece una pampa: ese sería el verdadero término. Una pampa esgunfiadora, sombría, donde cabe imaginarse cualquier crimen. ¿Y estas son las delicias del viaje? ¿Se las

regalo! Si seguimos así, voy a pedir que me devuelvan la plata, pero no la del río...

A bordo

Doce de la noche. Una señora, una menor y un joven. La señora cuida de la honestidad de su hija. Mete su larga nariz entre la mocita y el “joven”. El joven tiene cara de desesperado. La vieja la labura de dragón y lebrel, y la menor ni un beso puede darle a su acompañante. Este bronca; mira en redor como si pensara en tirarla a la anciana al agua. Yo lo miro y estoy tentado de decirle:

—Tírala no más, que yo no voy a batir ni medio.

Una de la madrugada. Sigue la vieja, el fulano y la nena en diálogo rabioso. La vieja ya no es sólo dragón y lebrel, sino también cien negros con alabardas; tan celosamente cuida de la castidad de la menor.

Y yo siento tentaciones de decirle:

—Pero, señora; sea más humana. ¿No se da cuenta de que esa chiquita está ardiendo por darle un beso al candidato? ¿No se da cuenta de que usted se está oponiendo a las leyes divinas y humanas que ordenan el “creced y multiplicaos”? ¿No se percata de que está molestando?

A las dos de la madrugada la pareja eterna se separa.

En el comedor

Hay una rubia brutal. Brutal de linda. Dan ganas de agarrarla de los hombros y preguntarle: ¿pero, quién te hizo tan linda, nena? Tiene cara de ángel y escabía cada copetín que aterriza. Y yo me quedo pensando: “He aquí que los seres angélicos desdeñan la ley seca”. Porque esta doncella, pálida, rubia, magnífica, le gusta el “drogui” que da miedo. Y, sin embargo, San Agustín, en sus estudios sobre las naturalezas angélicas, jamás dijo ni medio respecto del copetín. ¿Cómo se explica esto? Vienen dos señoras inglesas. Una tiene la misma cara de la reina Victoria.

Y no sé por qué se me ha ocurrido que la reina Victoria tenía la cara de esta dama. Pues bien, ni los turcos ni yo fuman como fuma esta señora. Estoy horrorizado de ver cómo llena el comedor de nubes de humo. De un momento a otro espero ver flotar a la señora del semblante de reina Victoria como si fuera un zepelín. Viene otra señora en compañía de un purrete. Y esta señora me recuerda el mandamiento de Nuestro Señor Jesucristo: “No desearás la mujer de tu prójimo”. Viene otra señora...

Con sinceridad, ¿por qué serán tan lindas las mujeres a bordo? Yo, que lo he escandalizado al mozo del bar pidiéndole café negro en vez de un whisky, paseo la mirada desde la señora del purrete hasta la “blonda” copetinómana. Me acuerdo del mandamiento de Nuestro Señor Jesucristo, y peco mentalmente un montón de veces.

En otro rincón viene escabullida una pareja que se besa y acaricia desvergonzadamente. Hace muy bien. Necesitan pregonar que son felices a “piú non posso”, y se acarician como si estuvieran completamente solos. La rubia mira a la pareja con una insistencia turbulenta. Yo la miro a ella y le digo con los ojos: “¿Y si nosotros hiciéramos lo mismo?”. Luego recuerdo el mandamiento de Jesús y, austeramente severo, sumerjo la nariz en mi pocillo de café. La señora del purrete mira también a la pareja y le sonrío a su digno esposo, un señor del que sólo veo un cogote gordo y grasiento.

Me siento asfixiado en el comedor y salgo al puente.

Al rato sale la rubia, pero no sola, sino en compañía de un flaco señor que debe ser el novio. Y ya, desesperado, me digo:

“Señor; tú has ordenado no apetecer la mujer del prójimo, y me parece muy bien, porque si no el número de maridos espiritualmente engañados sería infinito; pero te has olvidado de disponer que los que tengan una mujer a bordo, cuando tengan que acariciarlas, entren a sus cabinas. ¿Por qué no has dispuesto esto, Señor?”

Y no he terminado de pensar lo dicho, cuando una ráfaga de viento envuelve a la pareja, y a mí se me agrandan los ojos...

El río amarillo, como la piel de un león, también tiene un acre olor de amor...

Como ministros (Informaciones de viaje, 14 de marzo de 1930)

El comedor del “Asturias” que me alberga es magnífico. Parece una de esas salas donde se reúnen los delegados de la conferencia del desarme. Ni más ni menos. Dorados, columnitas, espejos, consolas, sillones... Esto es magníficamente “pompiér”. Aquí, un pelagatos puede hacerse la ilusión, cuando menos, de que es millonario y mirar por encima del hombro a los crostas que viajan de tercera.

Café con leche

Sin embargo, esta mañana, al entrar al comedor, recibí una sorpresa. En el amplio salón, junto a las columnas, había grupos de tres y cuatro mozos con frac o algo por el estilo.

Un señor, con más entorchados que un coronelito centroamericano, se precipitó a mi encuentro, como si yo le hubiera inferido una injuria o lo hubiera tratado de hijo de mala madre, y con una delicadeza infinita me condujo a la mesa donde otro caballero, igualmente asustado como yo, me contemplaba con esa expresión que inequívocamente parece decir:

—¡Por fin veo a un prójimo modesto, entre tantos personajes!

Porque juro que esos mozos, no eran mozos sino que bien podían ser representantes diplomáticos de cualquier país en La Haya.

¡Qué pintas! Más que mozos, grandes bacanes. Habían unos que, como los perros, llevaban cadenas doradas colgando del cogote; otros con los brazos cruzados, junto a las columnas, me miraban, o nos miraban, severamente, igual que jueces o fiscales; otros, en grupos de tres deliberaban en voz muy baja, recordando esos actores que en los entretelones esperan que les llegue el turno para representar el papel que les corresponde en la farsa. Donde se miraba no se tropezaba sino

con chaquetas doradas, mientras que el capataz de la patota, disfrazado de coronelito de floripondio, con bogotazos a lo káiser, disponía nuestro morfe con más atención que si fuéramos enfermos, y de él, exclusivamente de él, dependiera nuestra muy preciosa salud.

El compañero de mesa

Dijo:

—¡Por fin tengo uno con quien conversar! ¿Sabe que es terrorífico eso de que cincuenta ojos lo estén mirando?

—¿Cincuenta ojos?

—Sí; si ya los he contado. Son veinticinco mozos.

Resolví constatar lo dicho por mi compañero de pesebre, y comprobé que, efectivamente, en el comedor vacío había veinticinco mozos, veinticinco buenos mozos, robustos, fornidos, impasibles como estatuas, enigmáticos como enviados plenipotenciarios, ataviados como los tenientes de las cintas cinematográficas cursis que entusiasman a las devotas de Rodolfo Valentino.

Esos veinticinco mozos nos miraban desde todos los ángulos. Estaban allí para levantar ¡vaya a saber qué testimonio terrible! Mi compañero hizo una señal, y de pronto las veinticinco estatuas con sus cincuenta ojos se animaron; y todo para traer una bandeja con algunas tostadas.

Y no habíamos terminado de mordisquear una tostada, cuando el capataz de la patota se acercó a nosotros, y dijo:

—¿Huevos con jamón, mermelada... fruta, sándwiches?

—¿Nada más?

El hombre hizo un gesto de dama ultrajada en su pudor; pero de dama que es mala actriz...

Y mi socio murmuró...

—Che, ¿nos habrán visto cara de muertos de hambre?... Mirá vos venírsele con este programa... Si los sacaran a todos esos “lonyis”

de ahí, uno podría comer ¿no te parece?, pero comer bajo cincuenta ojos... (ya nos tutéabamos).

—¿Por qué no gritamos “¡qué salga el tony!”

Yo pienso, y luego contesto:

—Es imposible... voy en representación de un diario. No tenemos derecho a protestar...

—A mí también me regalaron el pasaje ☒insinúa mi socio☒ si no hubiera viajado con el ganado... ¿Pero te has dado cuenta de cómo nos observan los mozos?

Y claro

Y yo estuve por decirle, pero me callé:

—¡Cómo quiere que no lo observen los mozos, si ellos están acostumbrados a tratar con extranjeros y nosotros tenemos la más desafortunada pinta de reos porteños! Usted, con esos lentes a lo Quevedo bailándole en el caballete de la nariz, parece un insigne burrero y otras cosas peores. Yo, menos mal, salvo la situación con mi aspecto de gentelman y la misión periodística; si no, estoy seguro de que por radiotelegrama solicitan nuestra detención en Montevideo... ¡cómo quiere que no se escandalicen los mozos!, si cualquiera de ellos, con su collar dorado, su librea y su capataz vestido de coronelito, se sienten infinitamente superiores a nosotros, reos democráticos que viajamos en primera porque...

Ya lejos (Informaciones de viaje, 15 de marzo de 1930)

¡Oh, querido papel blanco! ¡Querida máquina de escribir! Yo que siempre broncaba de tener que llenarte, hoja blanca, ahora te agarro como mi salvación. Sos el único medio por el cual me puedo comunicar con Buenos Aires; sos la única intermediaria entre los lectores y yo.

¡Cómo te extraño Buenos Aires! Hace apenas veinticuatro horas

que me he rajado de tu perímetro y ya el corazón extraña la querencia. Sí así es lindo viajar ¡qué viajen los otros!

Este Montevideo

Este Montevideo es una rara mezcla de Buenos Aires, de Rosario, de Córdoba, de Paseo de Julio. Un poco de todo, con calles que bajan y suben, con ómnibus y tranvías colorados y buzones amarillos y carteles antiguos. Esos letreros que aún se encuentran en la calle 25 de Mayo y Reconquista. Se camina distraído y, de pronto, lo azul del mar: un azul de color ceniza. Las calles están llenas todavía de serpentinas y papel picado. Hay una imitación del abominable Pasaje Barolo, que sería el Pasaje Barolo de Montevideo; y en la Plaza Independencia, como ha llovido todo el día, el tremendo caballo que monta Artigas, babea gotas de agua. Y el matungo parece que está vivo.

Se ven pocas mujeres por la calle. Pero las pocas son buenas mozas y bien plantadas. He visto a un malandra que acompañaba a su dama con aire de perdonavidas. Él, mulatazo y aguileño; ella, color de cebo y vestida de seda; y un bochinche singular, ruido de voces, de cornetas de autos, de silbidos del puerto llenan estas calles donde, a cada momento, se encuentran soldados armados de carabina.

Camino por la calle Buenos Aires, que es una cortada rara, con teatros, con casas de préstamos; es decir, que aquí, como en todas partes del mundo, hay también usureros. Me meto en un café y tomo un pocillo que cuesta seis centésimos. Estos seis centésimos equivalen a unos quince centavos de nuestra moneda.

Al entrar el “Asturias” al puerto, un uruguayo que viajaba en él, me ha mostrado el Cerro, que no me parece que tiene nada de extraordinario. Luego me he tirado en una hamaca y con los ojos entrecerrados dejé venir hasta mí la visión de la ciudad dentellada, violácea, en curva sobre el río verde amarillo.

Recomendaciones

Traía tres recomendaciones. Miré la dirección de una y vi que era para el director de una revista. Tomé la calle indicada y me acerqué al semanario. Por una vidriera pintada de verde botella, como las de agua lavandina, divisé un interior sórdido de cocina comercial; algunas muchachas trabajando inclinadas sobre las máquinas; dos tíos con caras de perro, discutiendo de negocios junto a una rejilla, y entonces, desanimado, he tomado las tres cartas de recomendación y las he hecho pedazos.

Soledad

La única verdad es ésta. Donde uno vaya se sentirá solo. Si usted cree que los viajes pueden influir en su ánimo y convertirlo en otro, está equivocado. Por el contrario; viajar quiere decir ponerse en contacto con gente desconocida que no tendrá ningún interés en conocer a usted ni usted a ellos.

Me inclino a creer que en esto de los viajes hay mucho de engrupimiento; que la gente se ha limitado a repetir hasta la fecha lo que había oído decir a sus prójimos, y como la mayoría no puede viajar ni en tren, ¡qué diablos! Ha tragado la píldora y ha creído en la eficacia espiritual de los viajes.

¿O es que habrá que tener un espíritu especial para viajar? Una falta de sensibilidad. Porque lo primero que se le ocurre a uno que anda forastero es pensar en la vida que la gente hace allí, donde él es un extraño. E inmediatamente, a consecuencia de esta reflexión, añorar lo que ha dejado.

Huysmans, en su novela *Al revés*, tiene un magnífico episodio. El protagonista de su novela resuelve irse a Londres. Prepara sus valijas, se dirige al puerto, tiene que esperar dos horas la llegada del barco y entonces entra a una taberna inglesa. El decorado, como los artículos que allí se venden, así como los clientes, son de pura cepa inglesa; y

nuestro hombre pasa dos horas arrepatinado en un sillón, experimentando las mismas emociones como si se encontrara en Inglaterra.

Y de pronto, el personaje se dice: ¿Para qué diablos voy a ir a Londres, si ya he experimentado las mismas emociones que si me encontrara allí? Y cargando en un coche sus baúles, maleta, sombrereras, etc., etc., regresa a su casa, entre el asombro de su viejo criado, que piensa: “Mi patrón está loco”.

Claro; para mí, que estoy tentado de volver a Buenos Aires mañana mismo, el personaje de *Huysmans*, no está loco. El objeto de un viaje es recibir una emoción. Recibida ésta, el resto no interesa. Los viajes, me parece que en esto se parecerían a las mujeres. Cada mujer tiene en un momento de su vida un gesto definitivo y característico. Los otros gestos son inferiores a éstos, y así el que más valoramos es aquél. ¿No será lo mismo con los viajes? De estos interesaría una emoción; las otras, son inferiores y secundarias.

Elogio de la mujer uruguaya (Informaciones de viaje, 16 de marzo de 1930)

Quiero hablar no sólo de lo que he visto mal en Montevideo, sino también de las cosas hermosas que lo adornan. Y, en mi concepto, lo más lindo de Montevideo, es la mujer.

La mujer uruguaya

La mujer uruguaya no tiene el género de belleza que caracteriza a la porteña. La mujer de Buenos Aires en general da la impresión de ser un artículo de lujo, algo que es agradable conseguir porque halaga los sentidos. Luego hay otro detalle sumamente importante, del que uno se da cuenta después que ha salido de nuestra capital. Hay varios tipos de mujer porteña. Tipo de empleada, o clase media, y tipo de arrabal. Pero muchacha de oficina o alpargatera, todas dan una sensación de frivolidad, de superficialidad. En la muchacha porteña es difícil en-

contrar un rostro trabajado como por el pensamiento, una expresión de gravedad y seriedad que correspondería a una vida interior más o menos intensa.

Si se me exigiera que diera una definición más clara, diría:

El rostro de la muchacha de Buenos Aires parece decir: “A mí no me va ni me viene en este asunto”. En síntesis, pura frivolidad, al menos aparentemente.

Me he detenido varias horas a mirar el paso de las mujeres por la calle Colonia, por Bartolomé Mitre, por Buenos Aires (Montevideo).

Y, simplemente, me he quedado admirado frente al empaque y la digna belleza de la mujer uruguaya. Véase que digo digna belleza, porque la primera impresión que se recibe, al mirar una de estas muchachas, es que tienen una enorme idea de su dignidad.

Menos linda que la porteña, seduce más, interesa más, atrae más.

Podría decirse, entonces, que la belleza de la mujer uruguaya derivaría de una espiritualidad intrínseca. Todas tienen en el óvalo del rostro, una fina línea de voluntad que les quita el afeminamiento blando que encontramos en la mujer porteña.

Son bien plantadas, quiero decir que pisan la tierra con seguridad, con firmeza. Miran seriamente, con frialdad casi, es decir, con serenidad.

Espiritualidad

¿Qué se deduce de eso?

Que la mujer uruguaya es menos mimosa en lo exterior que la porteña; pero en cambio es completamente superior en espiritualidad. No quiero decir con esto que dicha espiritualidad esté “desarrollada”, puede no estarlo; pero es indiscutible que allí se encuentra, en el interior, un magnífico temperamento, y una enorme serie de posibilidades.

Basta verla caminar por las calles, en los cafés, en las tiendas. Su modo de ser, naturalmente, está sobresaturado de distinción, no la

distinción afectada de la porteña, que descubriríamos en su vida de sociedad, sino de otra cosa y esa otra cosa yo la reduciría a esto:

—Aún lavando los platos la mujer uruguaya conserva su dignidad. Y créanlo: saber lavar los platos con dignidad es mucho más interesante que saber estar con veinte minutos de elegancia junto a una mesa de Harrods. Y la dignidad de la mujer uruguaya emana no sólo de su rostro, o de sus ojos, sino que ella, desde los pies a la cabeza, se mueve con seguridad e independencia, lo que al final de cuentas resulta encantador.

Por eso me referí antes a las posibilidades que encierra la mujer uruguaya. No sé por qué se me ocurre que cuando la mujer uruguaya pueda votar, proyecto de los batllistas y de los socialistas, va a desempeñar en su país y en América un papel importantísimo, no por la cantidad de sufragios que pueda aportar a un partido o no, sino por el grado de evolución mental que se advierte en ella. Es un tipo así de mujer social, si se pudiera definir de tal manera, de mujer de combate, organizadora, que hace pensar no en la inferioridad mental que encontramos en casi todas las mujeres, sino en su igualdad intelectual con el hombre.

Buena compañera

Observándola desde este punto de vista, y casi todas las que uno encuentra por la calle le sugieren dicho pensamiento, se puede afirmar que tiene la más completa pasta para ser la compañera del hombre, porque hay mujeres que tienen únicamente condiciones para distraer al hombre durante una hora.

¿De dónde proviene dicho carácter que le asemeja mucho a la mujer europea? Me parece que de la calle empinada, porque Montevideo sube y baja en sus arterias. De modo que para caminar por allí hay que desarrollar un esfuerzo distinto al que exigen las veredas horizontales. Y este esfuerzo diario debe influir mucho en el carácter. Así teorizaría un profesor alemán...

Por otra parte he observado un detalle importante. Hermosas y atrayentes van por la calle sin que nadie las piropée ¿a qué se debe eso? En primer lugar a su dignidad, que si bien provoca admiración, no produce esas reacciones que en las calles de Buenos Aires se traducen en piropos y que los guarangos exteriorizan en groseras frases.

Alpinismo rioplatense (Informaciones de viaje, 17 de marzo de 1930)

Se llega al Cerro, que es el único lugar donde hacer alpinismo en el Río de la Plata, por una calle asfaltada que traza un camino de betún entre ranchos de piedra, madera y hojalata. Pero el espectáculo no es feo. Al contrario, da esa sensación que experimentamos cuando miramos una fotografía de aldea española, sobre todo esas que salen en *La esfera*, de Madrid. Y como la calle es muy empinada, volví a sentarme en un recodo para descansar.

Tranquilidad

Desde esa curva alta del camino, me recosté en el suelo apoyando la esquena fatigada en un árbol. Se distinguía perfectamente todo el bajo de Villa del Cerro y los ranchos que ocupan los socavones de la colina, entre el verde de innumerables higueras.

Porque aquí hay higueras por lujo. Y entre las piedras atorrantean cabras blancas y color café con leche; cerdos barrosos y descomunales de grandes; ovejas de lana sucia y negros jetones, que asomados a la ventanita de piedra de un rancho, chupan un mate eterno con expresión budista.

Y me he acordado involuntariamente de Rosmarín, del Pibe Laburo, de Costa y de todos los vagos que en el campamento de la “Yumen”, en Sierra Ventana, conversaban conmigo de la paz de la vida y de las bellezas del “dolce far niente”.

Y me he acordado, porque mientras estaba sentado, me decía:

—Este rincón de naturaleza es maravilloso para tirarse a muerto o escribir una magnífica novela.

Cada rancho está construido a la vera de un eucaliptus. Hay cubos pintados de rojo sangre, otros de negro, otros de amarillo. Y esta alta fiesta de colores, teniendo por fondo el crudo azul del mar, parece uno de esos pueblos vascos que nosotros, los que no hemos viajado, nos hemos imaginado cuando lo leíamos a Pío Baroja.

Luego las higueras, copudas, rabiosamente verdes, y el camino que dobla, los senderitos trazados por las innumerables pisadas de los pobladores de las casuchas, las cabras... ¿No será así Palestina o Tierra Santa?

Parece que no es lo usual...

Parece que no es lo usual en este país recostarse en la calle con la cabeza apoyada en un árbol, por más que el paraje sea monte y la gente negra, porque al rato de estar así, plácidamente haciendo linuya, empezaron los vecinos a asomarse a la puerta de sus ranchos y a mirarme estupefactos. Su estupefacción no era tanta que les impidiera tomarse el mate que llevaban en la mano y durante un minuto estuve tentado de levantarme y pedirle a alguno que me invitara con un amargo. Luego me dije que no verían bien semejante petición y continué pitando mi cigarrillo, actitud que debió convencer a los negros de que yo no era ningún espía de los secretos del fuerte del Cerro, al menos ningún espía alemán.

Y he estado así más de una hora. Mirando, mirando sin cansarme. Si algún día resolviera vivir en el Uruguay (bastante difícil) buscaría pensión en algún rancho de estos, de piedras agrisadas por el agua del tiempo, lejos de la ciudad que bajo el sol parece que ha sido pintada recientemente con una lechada de cal.

El fuerte

El fuerte es un viejo edificio que no vale la pena visitar. Tiene unos cuantos cañones viejos y oxidados y uno colocado sobre una cureña de madera carcomida. Encima de este cañón, donde como moscones

merodean fotógrafos turcos, se han hecho retratar en belicosa apos-tura innumerables pandillas de giles, para llevarle a la novia “un re-cuerdo de Montevideo”.

Los fotógrafos son los tábanos de este paraje. En cuanto distin-guen a un forastero, le meten en las narices su aparato y no descan-san hasta que el desdichado acepte que lo desfiguren en una placa. A pocos pasos del fuerte hay un bodegón donde se le cobra un ojo de la cara al caminante que bebe un vaso de agua y le hacen un pleito si mata una mosca.

Dos frailes

Por el camino de betún, sobre el cielo azul, se distinguen las si-luetas color chocolate de dos frailes franciscanos con sogá blanca al cinto. Uno tiene la barba en forma de abanico y el otro es carirredon-do. El de la barba en abanico, cada vez que levanta la cabeza, le mete en la nariz a su socio la barbaza y el otro sacude las manos, levanta los brazos y la cruz que pende de su cinto se mueve como un hisopo. Son dos malos alpinistas.

Pasan por mi lado y constato que vienen alacraneando a sus su-periores. Dicen:

—Es una indignidad... nunca ha ocurrido eso...

El viento se lleva las palabras. Un viejo corre a pedradas a las ove-jas por los riscos; un recién casado posa con aire de perdonavidas jun-to al cañón atorrante y una paz infinita se expande por esta celeste curva del horizonte, donde las nubes parecen rulos de madreperla.

La calle del pecado (Informaciones de viaje, 18 de marzo de 1930)

¿Recuerdan ustedes la película titulada “La calle del pecado”, donde trabaja Emil Jannings? Bueno, Montevideo tiene también su calle del pecado y es la llamada Yermal, que ahora la piqueta de los obreros municipales está demoliendo. Y la calle de la película

donde trabaja Emil Jannings no es más siniestra que Yerbal, una cortada a pocos metros del río, entre callejones torcidos que pronto desaparecerán.

Colorido

Dejémonos de aspavientos ridículos y describámosla tal cual es. Doy mi palabra de honor de no pasarme ni decir inconveniencias.

Fachadas pintadas de amarillo, rojo de ladrillo, verde de mar, azul de lejía, borra de vino. Aberturas en los segundos pisos sin balcones. Faroles, puertas bajas bermejas, bodegones inmundos; ropas tendidas en terrazas cargadas de montones de basura; y hombres, puñados, racimos de hombres que van y vienen como en nuestro Paseo de Julio de hace quince años.

La calle, adoquinada con lascas, está recorrida de un arroyo de agua sucia. En mitad de la cuadra hay puestos ambulantes de vendedores de naranjas y sandías. Los lustrabotas aguardan clientes, sentados a la orilla de los cordones y puertas; puertecitas chicas de cada acera que cierran y abren furtivas manos.

En las entradas de los bodegones, mulatos borrachos con camisas de punto, como las de los marineros, ocupan la vereda en tambaleante rueda que alarga vasos de guindados con las manos.

Pasan viejas horribles, como las que describe Rojas en *La Celestina*. Viejas con una pollera negra y una bata rosa suelta hasta las rodillas. Pasan tenebrosos con una cesta en la mano, el cogote gordo, el testuz embutido en una gorra marítima; pasan maleantes, sujetos flacos, estriada la jeta de cuchilladas, gorra, pañuelo sobre la camiseta calada, del brazo de una mulata resplandeciente de seda. Una puerta se abre y se cierra; el maleante, contoneándose de hombros, sigue camino y se hunde en un boliche, a jugar a los naipes.

Si se mira a lo alto, se ven por los rectángulos que constituyen las ventanas, morochas peinándose con los brazos al aire. Luego, el paso

de las viejas imposibles, con la nariz de gancho, el mentón levantado, los ojillos escudriñadores y una cesta en la mano.

En algunas ventanas se distinguen luces encendidas; en otras, dos mujeres espatarradas tomando mate y haciendo señales, y un murmullo de colmenar revienta en la calle poblada de todas las cataduras del universo: turcos con las patas descalzas, peones de alpargatas y bombacha, checoslovacos de cabezas rubias, sombrero deformado y cogiéndose de las manos, como si temieran perderse.

A lo lejos, el río ondula su masa color piel de león.

Lo siniestro

Las calles transversales se tuercen como viborones grises. Hay un edificio inmenso como un cuartel, con una reja de penitenciaría y un bar en su interior, con pinturas alegóricas y crudas. Una pésima vicrotola inunda la calle de música extranjera y en las fachadas pintadas de amarillo, de rojo ladrillo, verde mar, azul de lejía, borra de vino, con sus zaguancitos obturados de puertas pequeñas vidriadas de cristales japoneses, pone un color, no de alegría mediterránea, sino de gusanera humana. Un hedor de polvo de arroz barato flota en el aire, mientras que los “bares” se escapan hedores de carne frita en sebo de caballo y relentes de vino agrio.

Esta es la calle del pobre y miserable y triste pecado. La calle cosmopolita, de paredes leprosas, de techados con chimeneas antiguas. Los pies tropiezan con cáscaras de sandías y naranjas rechupadas; se oyen voces que gritan precios y entre los racimos de hombres desfachatados, sucios a más no poder, pasean canastas cargadas de tortas cubiertas de azúcar quemado, perdularios italianos y gallegos.

Hay una alegría resonante y chillona, falsa y lúgubre al mismo tiempo.

He visto hombres de color, negros motudos, sentados tristemente a la orilla de la vereda, con una copa de guindado rojo en la mano;

mulatas sebáceas como toneles de grasa, echar cubos de agua a la calzada, mientras que salta asustado un marinero y se ríen a gritos, con un coro de malas palabras, cofradías de borrachos, carreteros y vagos, todos iguales con sus caras de indios, su hongo deformado, sus bombachas apretadas junto al empeine de la alpargata.

En los cortes aparecen edificios medio demolidos. En un descampado hay un refugio de atorrantes. Resuena un fru-fru de seda y grandes voces saludan el paso de una inquilina del barrio. Luego pasa una vieja, con pollera violeta y batón rosa y la cabeza envuelta en una pañoleta verde. Entra con una cestita a un bodegón y la distancia se alarga más triste en un cruce de calle donde pone su severa arquitectura el alto edificio de un templo británico.

Cartas que emocionan (Informaciones de viaje, 19 de marzo de 1930)

Escribo desde Montevideo, donde hoy recibí la sorpresa más deliciosa que me fuera proporcionada desde que emprendí mi gira.

Un señor, a quien no conozco, llamado Emygidio César, residente en Florida, Buenos Aires, me ha enviado a la Asociación Cristiana de Montevideo una conceptuosísima carta de recomendación para un hermano suyo, residente en San Pablo, en la Avenida Sao Joao 24.

Durante unos momentos me he quedado emocionado mirando estas dos cartas; profundamente agradecido y sorprendido de esta gentileza brasileña, que siempre he oído decir, era la más intensamente caballeresca de los países de América.

Sí, estimadísimo señor César. Usted a la distancia, sin que me conozca, ni yo conocerle a usted, me ha regalado unos minutos de emoción absolutamente desinteresada y por el solo motivo de que “leía mis notas en *El Mundo*”. Esto me sorprende, sobre todo en el país donde actualmente me encuentro. Usted, con su lindo gesto, me ha recordado a esos “señores” de las novelas de Eça de Queiroz que han

hecho de la gentileza un símbolo de vida para que el prójimo forastero no extrañe a lo lejos su hogar, su patria y sus amigos.

Agrega el señor César al final de la carta que me dirige:

“Usted, del Brasil, podrá decir todo lo que se le dé la gana. Estaré siempre conforme con tal de que diga la verdad”.

La verdad del viajero

Pocas horas antes de salir de viaje, conversando con mi director, yo le decía:

—Quiero tener carta blanca para decir la verdad. Para mí, la importancia de la verdad de un corresponsal, cuyo diario le permita expresar las cosas sin ambages, es abrir puertas para el turismo, es facilitar la comprensión y el acercamiento de dos pueblos que viven lejos, a muchas horas de velocidad.

Nosotros, los argentinos, tenemos una extraordinaria curiosidad por conocer los países de nuestra América. Sentimos el culto del americanismo, pero no por patrioterismo sino porque íntimamente estamos convencidos de que América del Sur tiene un destino extraordinario. Saber que un país es cordial para con nosotros, que se interesa por nuestra obra colectiva, es hacer que nosotros nos sintamos más cerca de él, con más confianza para hablarle de nuestros intereses y de nuestros problemas.

Frecuentemente, el viajero visita los países con un criterio estrechísimo. Si los nativos lo atendieron bien, se desdoblará en elogios expresivos; si no tuvieron atenciones para con él, guardará un rencor sordo para esa tierra. De allí que en una nota antes de salir, dije que quería prescindir de recomendaciones para no sentirme obligado. Sin embargo no lo haré en el Brasil. Visitaré a las personas para quienes tengo cartas y les diré:

—Queridos señores: a mí me interesa la vida de este pueblo. Quiero describirla tal cual es, como en Buenos Aires lo he hecho con nues-

tro pueblo. Donde vea cosas lindas lo diré; donde haya roña, pobreza y salvajismo, también lo diré. No para desacreditar al país, sino porque creo que el procedimiento seguido por casi todos nuestros viajeros ha sido erróneo. Visitan los monumentos públicos y los barrios más lindos. En la Argentina hay la costumbre de hacer eso. Llega un visitante y el itinerario obligado ya se sabe cuál es: Avenida de Mayo, Florida, Avenida Alvear, Rosedal, etc.

Muchas veces me he dicho, ¿por qué no se lleva al viajero a parajes como los Mataderos, Villa Lugano, Parque Patricios? Que conozcan lo bueno y lo malo. Lo lindo y lo feo.

Yo he resuelto desligarme por completo de ese procedimiento. En Buenos Aires hay diarios que sólo insertan elogios para los países hermanos. En *El Mundo* no se insertarán elogios, sino la vida de distintos pueblos, vista por un periodista que se responsabiliza con su firma de lo que escribe. Esa vida será agradable o no; pero será real.

Lo que ocurre es que periodísticamente se ha perdido la costumbre de decir la verdad. Y con ello se engaña a nuestro pueblo. No hay derecho. Se le presenta un aspecto convencional de la vida en las repúblicas sudamericanas, y ese no es el procedimiento de hacer que dos pueblos se comprendan. ¿Cómo se van a comprender? Sería lo mismo que pretender que dos hombres se conozcan diciéndose, el uno y el otro, falsedades de continuo.

Una frase portuguesa

Eça de Queirós tiene unas palabras magníficas, que dicen más o menos esto:

“El transparente velo de la belleza sobre el desnudo cuerpo de la verdad”.

Tal debe ser el espíritu que debe guiar el criterio del viajero que escribirá sobre lo que vea.

¡Ser sincero! Ciertamente es que esa sinceridad molestará al “chauvinis-

mo” de la gente inculta. Así me ha pasado en Buenos Aires, donde una vez al escribir sobre el barrio judío se indignaron los periódicos semitas, olvidándose de que si había hablado pestes de la rinconada de Junín y Lavalle, también había escrito horrores sobre otros barrios compuestos de argentinos, españoles, italianos y gentes de todas las razas.

Pero no importa. Hay que recordar siempre esta estrofa de Darío:

“La verdad está en ser desnuda y fuerte.

Con el fuego interior todo se abraza.

Se triunfa del rencor y de la muerte

Y hacia Belén la caravana pasa.”

Van muertos los turistas (Informaciones de viaje, 20 de marzo de 1930)

En la Asociación Cristiana de Jóvenes de Montevideo, he controlado lo que sigue con varios muchachos uruguayos muy cultos. Les he explicado lo que nos ocurría a nosotros, los argentinos, al llegar a esta ciudad y han estado corteses en afirmar que, efectivamente, el Uruguay es el país del “vintén” y más aún, me han dado las razones económicas de este fenómeno, del que es necesario hablar con toda claridad y sinceridad.

El gobierno y el turismo

El gobierno uruguayo no se ha preocupado de defender al turista de la rapacidad de los comerciantes. Sencillamente, la explotación del turista es un escándalo en el Uruguay. El turista no tiene forma de defenderse. Tiene que pagar y aguantar la agresividad de los que le cobran con exceso.

Comencemos por el cambio. Para hacer práctico el ejemplo, les diré que por veinte pesos argentinos le entregan ocho pesos uruguayos y sesenta centésimos. Cada peso oro uruguayo tiene cien centésimos. Es decir, que cada centésimo vale dos centavos y medio argentinos.

El fenómeno de explotación del turista comienza en la Aduana. El año pasado (hasta los periódicos uruguayos se ocuparon escandalizados de este asunto) se le hizo pagar impuesto aduanero a un pasajero que traía de Buenos Aires un ramo de flores. Sí, un ramo de flores (naturales) de regalo para una familia uruguaya.

Una vez que se ha escapado de las garras de la Aduana, comienza el martirio y el saqueo del visitante extranjero en Montevideo. ¡Y de qué forma! Es necesario estar aquí para creerlo y verlo. Y es necesario, también, protestar para llamar la atención del mismo gobierno uruguayo.

Trae usted una maleta de mano o una valija simple, sube a un auto y le indica una calle. Como usted no conoce la ciudad, el automóvil empieza a dar vueltas. De entrada, la bajada de la banderita del taxímetro cuesta veinte centésimos, es decir setenta y cinco centavos de moneda argentina. El chauffeur empieza a “yirar” con su coche, y el “taxi” a volar. Usted protesta por el viaje eterno. Se da cuenta de que el tipo hace dar vueltas al coche por calles contradictorias en dirección, y el otro, de mal humor le contesta: “Por aquí no sabía que no se podía pasar”. “Por aquí es contramano”. Imagínese usted que sale de Retiro y baja en Plaza Congreso. El taxi marca cinco pesos argentinos. Para, y de pronto lo llama el chauffeur:

—Faltan treinta centésimos...

—¿Cómo? Si el taxi marca...

Son treinta centésimos de derecho por las maletas...

Y usted tiene que optar entre hacer un escándalo por setenta y cinco centavos o callarse la boca y pagar el derecho de llevar un maletín de mano.

No hay tarifas

No puedo decir el precio que cuesta el café, porque es completamente variable. Entré a un boliche a tomar un café con leche y me co-

braron veinticinco centésimos, es decir, sesenta y cinco centavos. Subí a un tranvía. No tiene vuelto el guarda y no tiene vuelto el diariero, no tiene vuelto el mozo del café y aquí no tiene vuelto ni Dios. Usted busca la tarifa de precios con la vista y no la encuentra por ninguna parte. Al nativo, claro está, no le van a cobrar de más, pero tienen tal olfato para distinguir al extranjero, que de pronto usted se siente indignado y profundamente. Lo han contemplado a usted desde un punto de vista completamente desagradable: el del provecho que se le puede exprimir.

Y a medida que va comprobando que en todas partes: cigarrerías, almacenes, cafés, etc., predomina el más descarado sentido de explotación, una irritación profunda se apodera del visitante. A la inexplicable actitud de la gente, que está empacada como si fueran a quitarle algo, se suma la poca seriedad comercial, de tal manera que usted, de pronto, no puede menos que decirse:

Pero, ¿a dónde he llegado yo?

Y me decían algunos amigos uruguayos que no se ofuscan:

—El turista es el objetivo del comerciante montevideano. No se cierra negocio en invierno. La frase de cajón es: “Esperemos a que llegue el verano”.

El comerciante vive del veraneante. Claro, porque el veraneante tiene que pagar. Y para por honor nacional.

¿Qué espíritu, entonces...?

¿Qué espíritu de cordialidad puede regir las relaciones de visitantes y visitados? Una pésima pensión le cuesta a usted aquí ciento veinte pesos argentinos, cuando esa misma pensión, en Buenos Aires, le costaría cincuenta pesos, al máximo.

Y de pronto, lo que quiere usted es disparar cuanto antes de aquí. Salir y no volver a la tierra de Artigas, que es tan linda y que queremos tanto.

Cuando yo les dije estas cosas a varios muchachos uruguayos, reconocieron que tenía razón; que tenía razón, empezando por las estampillas, puesto que un uruguayo puede mandar desde Argentina, con cinco centavos, una carta a Montevideo, mientras que desde Montevideo, un argentino tiene que pagar por una estampilla cinco centésimos (doce centavos argentinos) para mandar una carta a Buenos Aires.

Oportunamente, en otra nota, explicaré los motivos de este fenómeno, tal como lo entienden los uruguayos, pues sólo ellos le pueden explicar a uno las razones de estas anomalías, que hacen que los alegres y confiados turistas vayan muertos...

La calle Grecia (Informaciones de viaje, 21 de marzo de 1930)

No hay como comerse un buen par de chinchulines después de contemplar un paisaje poético, y mandarse a bodega un vaso de vino. Chinchulines, vino y paisaje lo espiritualizan a uno de tal manera que puede escribir todo lo que quiera y aún más.

Siguiendo este precepto he entrado a un bodegón de Villa del Cerro, he morfado a gusto relojeando los corderos, las cabras y los chanchos que daban vuelta entre las piedras del monte, y luego me he venido para la Asociación Cristiana donde diariamente hago un razonable consumo de papel acaparando la máquina de escribir, motivo de que un muchacho seminegro que atiende el mostrador me mire con espanto, pues él no se explica que escriba “cartas” tan kilométricas. En síntesis he visitado hace días el cerro de Montevideo que es una preciosura y la fortaleza que no vale un pepino, con sus cañones del tiempo de Ñauquín y su desconsolador aspecto.

Bueno, el caso es que yo me imaginaba encontrarme con una especie de antigua fortaleza europea, y ya me decía mientras iba en camino:

Le voy a parar la mula a mis lectores. Los voy a asombrar con la descripción del fuerte uruguayo. Pero me ha fracasado el negocio por un lado y ustedes han ganado por otro.

Villa del Cerro

Se cruzan cerca de dos leguas de mar para ir a Villa del Cerro. El viaje es lo único barato que he descubierto en Montevideo. Vale cinco centésimos o sea doce centavos argentinos.

El lanchón hoy cruzaba entre pescados flotantes. En los primeros momentos yo miraba estupefacto los bicharracos estos tirados panza al sol y me decía si era posible que aquí en el Uruguay, hasta los peces se tiraran a muerto siguiendo el ejemplo de sus legítimos patrones, cuando un señor que viajaba a mi lado me dijo que esos peces habían muerto al pasar del agua dulce al agua salada, y efectivamente, por donde se mirara se veían esos cadáveres de plata zangoloteados por las ondas.

Después de veinte minutos de trabajo llegamos a la otra orilla.

En la costa, dos hombres en patas calafateaban una lancha pintada de verde y negro; caminé cien metros y de pronto me encontré con la calle Grecia, asfaltada, mientras que sus transversales ondulaban grises subiendo hacia el cerro. De modo que si miraba hacia la derecha distinguía el mar y si a la izquierda, la colina verde, con casuchones de piedra en su declive, tanto que durante un momento tuve la impresión de encontrarme en Cosquín, en las sierras de Córdoba. Claro está, éste es un Cosquín más lindo, más pintoresco. Desde las alturas el mar parece una fuente de plata, rodeada por una cresta de cajoncitos blancos y rojos, las casas, mientras que más lejos se distinguen alturas de tierra verde y los geométricos zig-zags de los muelles perpendiculares al agua azul.

Y lo que me llamó la atención fue esta calle Grecia, calle de paz provinciana, con puertas en las casas que, como las puertas de los

conventos, tienen una rejecita diminuta de bronce, de modo que si se llama, antes de abrir le mirarán la cara y usted sólo distinguirá dos ojos que lo observan.

Eran las dos de la tarde. El sol caía a plomo y una merza de comerciantes fiacunes

eructaban sentados en sus respectivos sillones, cada uno a la puerta de su boliche.

Otros, más cómodos, se habían recostado en el mármol que forma apoyamanos en las vidrieras, y desde allí, con pacífica resignación, contemplaban el río.

Seguí caminando y mi perplejidad creció cuando descubrí señoras ancianas, también meditando en la inmortalidad del cangrejo, en un sillón que habían colocado junto al umbral de sus casas. Como estaba cansado de caminar, me senté en el cordón de la vereda, pero mi gesto fue bien recibido porque nadie me dijo nada.

Y así me he quedado un rato, observando la fiaca de esta calle. Por todas partes, en las calles que suben del río hacia la sierra, se ve gente que reposa. Esto me ha sugerido la idea de que deben estar cansados. Cierto es que mi idea no es profunda, pero encierra este gravísimo interrogante: ¿De qué están cansados si no trabajan?

Porque aquí no trabaja nadie. Aquí todo el mundo se tira a muerto. Me han dicho que nuestros empleados nacionales son héroes y burros de carga, por la actividad que despliegan comparados con los fiacas uruguayos. Ahora también me explico esa haraganería de algunos uruguayos que hay laburando en el diario.

Digo que aquí no trabaja ni trabajará nunca nadie. Lo más que hace la gente es conversar. Por donde se mira se ven personas bien y mal vestidas que hacen un extraordinario derroche de jarabe de pico.

Y cuando descansé lo suficientemente, me dirigí transversalmente hacia el Cerro.

Hablemos con sinceridad (Aguafuertes uruguayas, 22 de marzo de 1930)

No tengo prejuicio alguno. Para mí todas las razas de la tierra son iguales desde el punto de vista humano. Pero mi sensibilidad recoge, ingenuamente, cuanta impresión se deja sentir a mi alrededor. Decir la verdad es, para mí, más que un deber, una necesidad imperiosa. Ando viajando por los países de América para ver y decir cosas que otros no han podido o no han querido decir ni ver. No persigo subsidios ni me trabajo elogios ni pretendo homenajes o banquetes. Ando solo: si hablo con alguien es para penetrar en la psicología de las gentes. Como en fondines y me albergo en pensiones rantifusas. Vivo y me muevo con la platita que me paga el diario en que escribo, donde se me ha autorizado a decir lo que yo siento. Soy, por lo tanto, libre como un pájaro.

Bueno: basta de macaneo filosófico y vamos al grano. Hoy continúo con mis observaciones sobre esta linda ciudad y sobre quienes la habitan. Sigamos:

He aquí las razones que me han dado los entendidos de este fenómeno, del cual es víctima propiciatoria el turista.

El movimiento comercial en Montevideo es escaso. El número de gente que trabaja es asombrosamente pequeño. Los jornales más reducidos. La mayoría son pensionados del gobierno y otros empleados nacionales. En las casas de comercio los sueldos son aterradores. Tengo el ejemplo del gerente de una de las principales casas montevideanas que, después de diez años de servicio, gana TRESCIENTOS PESOS ARGENTINOS.

“A la inglesa”

—Usted puede fijarse en este detalle —me decía mi interlocutor. En Buenos Aires se reúnen varios muchachos a tomar café. Uno paga la consumición general. Aquí, en Montevideo, no pasa así. Cada uno

paga lo suyo. La moneda, el “vintén”, es cuidado y pulido hasta con esmeril. Como la gente tiene el concepto de que su moneda es oro, este oro se conserva preciosamente, y de allí que los cinematógrafos, el teatro y los cabarets estén regularmente concurridos sólo a fin de mes. Luego una especie de frenesí económico se apodera de la gente y ésta, con un café, se eterniza en las mesas de los bares.

Y es como me decía mi interlocutor. En dicho sentido Montevideo es una ganga. Aquí trabaja una minoría, en lo que se entiende trabajar. El resto no hace nada, absolutamente. Tiene algún empleo nacional, alguna pensión; y así se pasan la vida. Basta recorrer las calles. En todas las puertas gente estacionada. Conversan. ¿De qué viven? ¡Vaya usted a averiguarlo!

Como es lógico, esto repercute en el bolsillo de los que se tiran a muertos y por derivación, en los comerciantes, los que, a su vez, esperan como buitres la llegada del forastero.

Yo había observado que no había casi letreros modernos en esta ciudad. No me había dado cuenta por qué. Mi interlocutor me informó:

—No alcanzarán a cien en Montevideo los letreros de gas luminoso que actualmente infestan todos los rincones de Buenos Aires. Conseguir un aviso para un diario cuesta un ojo de la cara, un verdadero triunfo. Aquí la gente avisa lo menos posible.

—¿Los letreros antiguos?

Vaya a convencerlo a uno de estos tigres del “vintén” de que debe gastarse unos pesos en propaganda moderna. Se deja morir antes...

Y así en todo. Se vive lo más económicamente posible. Cada invierno se espera la llegada del verano, y cada verano se llora por el invierno que viene.

Psicología

Como comprenderán ustedes, un sistema así de vida termina por crear una psicología colectiva que, de inmediato, siente en la

piel y en el bolsillo el visitante ingenuo y el turista ilusionado.

—Además —prosigue mi informante—, los partidos de football, parece mentira, no han hecho nada más que acrecentar cierta rivalidad subconsciente y la clase inculta es la que menos estima al turista de allende el Plata.

—¡Pero esto no es lógico!

—Observe usted —continúa mi interlocutor. Los diarios uruguayos no traen casi noticias de la Argentina. En estos momentos, en Buenos Aires, se sigue apasionadamente un escrutinio, el más interesante desde hace años. Los periódicos uruguayos apenas entre líneas traen la noticia del extraordinario momento político, mientras que en Buenos Aires, hasta un crimen de carácter un poco interesante, acaecido en Uruguay, llena las planas de los periódicos.

—Observe que en Buenos Aires hay miles y miles de uruguayos trabajando y estimados por nosotros...

Y he aquí que de pronto, otro acompañante de mi informante, que había permanecido callado, salta con estas palabras, que me parecen notables por la lógica que encierran:

—Si ustedes no exteriorizaran, en la forma que lo hacen, su admiración por su propio país, nos serían más simpáticos.

“¡Tableau!...”

Y el otro continuó diciendo:

—Sí, nosotros, es necesario confesarlo, tenemos la vanidad de ser un pueblo chico, pero tan culto y adelantado como el que más. Lo que pasa es que a pesar de estar tan cerca, no nos conocemos. Por otra parte ¿sabe? el football ha venido a aumentar esa tirria y como no hay un sincero intercambio intelectual...

—¡Perdón compañero! Nosotros conocemos cuanto buen escritor uruguayo hay aquí. Silva Valdez ha hecho escuela entre nosotros. Herrera y Reissig, la Ibarbourou, Reyles, Enrique Rodó, con su *Ariel* influyó beneficiosamente en dos generaciones de argentinos. Los

hemos leído y comentado a todos Uds. con respeto y admiración...

—Debería haber intercambio intelectual —insistió.

—Debían leernos, quiere decir Ud. Pero tampoco eso es posible. He pasado por una librería y he visto libros que en la Argentina cuestan un peso, a un peso uruguayo. El diario *El Mundo* me cuesta aquí, en Montevideo, siete centésimos, o sea, dieciocho centavos argentinos. Es lógico que a ese precio Uds. no nos lean, ni tengan interés de hacerlo ;qué diablo! Hasta el correo cuesta un disparate.

Mi hombre sonrío, luego dice:

—Sentimos orgullo de tener el correo más caro del mundo.

El tablado de Arlequín (Aguafuertes uruguayas, 23 de marzo de 1930)

Bueno; vamos a hablar de cosas más interesantes que los aspectos económicos de esta linda ciudad. No quiero aburrir a mis lectores refiriéndoles todo lo que he visto, oído y descubierto aquí. Algún día, cuando vuelva de mi atorrateada latinoamericana, quizá escriba un libro donde pondré esa punta de cosas que están de más en esta charla amable con que se desayunan diariamente mis lectores.

Ahora voy a hablar del carnaval; de un carnaval que ustedes los porteños desconocen y que es lindo y es culto; un carnaval sin pelotazos de serpentinatas, sin vejigazos en la testa y sin palabras soeces.

Se trata de un invento uruguayo; y hay que admitir que en este asunto, nos la han dado “chanta”.

Aprendan las sociedades culturales de barrio

Se trata como ya lo digo en el título, de “El tablado de Arlequín”, y se trata, como acabo de declararlo, de un invento uruguayo. En Buenos Aires sólo conozco una institución semejante que funciona todos los años durante el carnaval en el pueblito de Núñez.

Los vecinos de los barrios se juntan y recolectan dinero entre ellos. El almacenero de la esquina, el fiambrero, el panadero, todos

palman. El que más, el que menos, afloja unos “vintenes” y se construye entonces un palco, ¡y qué palco! El mejor de los nuestros es una creación rasposa al lado de estos que son monumentos artísticos, por donde desfilan todas las comparsas de la ciudad.

La disposición de los palcos uruguayos, sin contar el corso, es la siguiente: Usted pasa por una bocacalle y, de pronto, ve un edificio de madera; una torre de dragón, un templo de estilo egipcio, complicado con arte futurista; una especie de escenario rodeado de columnas griegas y bizantinas, o un peristilo cubista, exaedros amarillos, verdes, azules; si no, una cadena de animales mitológicos, dorados, en un relieve que no sé si es de yeso, cartón piedra o el diablo. En otros, como en las ruinas de Luxor, se han fabricado rectángulos limitados de pirámides con losanges de sangre y ocre en fondo blanco; otros son bomboneras cubiertas de cupulitas árabes, con finos soportes bronceados. Hay palcos con techado imitando los palacios romanos; techos de vidrios de colores transparentes; hay cavernas que parecen marítimas, con profundidades verdes, negruzcas, azules, blancas, donde penetran las claridades anaranjadas que proyectan invisibles reflectores, y todo lo que más de artístico pudiera exigirse para embellecer el tablado de Arlequín ha sido proporcionado por la competencia de los barrios, los cuales, año tras año, preparan los más originales palcos que pueda imaginarse.

Y esto no vaya usted a suponer en los barrios de lujo, ¡no!: En la barriada más atorranta usted se detiene asombrado. Entre casas humildes, frente a una esquina sin ochava, despampanante y escarlata, se levanta un tempo de la garufa.

Precios

A mí me gusta informarme concienzudamente de todo. Pregunto aquí y allá. Hago encuestas. No quiero pasarle la mula a mis amigos. Ni a la república (me estoy tomando en serio el laburo batidor).

Bueno, al grano. Lo menos que cuesta un palco de estos son trescientos mangos, o sea 730 grullos argentinos. Hay tablados cuestan quinientos y seiscientos pesos oro, como quien dice nada; cerca de 1000 pesos de esos con la efigie de la República, con el escudo en una mano y una antorcha de grupo en la otra.

Ustedes saben que Montevideo es chico. Algo así como la parroquia de Flores y Caballito juntas. Y le doy todavía medida grande. Bueno; usted en Montevideo, cuenta más de doscientos palcos de esos; poniendo un término medio de 300 pesos por palco, es decir, el mínimo, esta gente se patina cada carnaval 140 000 mangos. Aquí el carnaval dura más tiempo. Y se explica. Un palco de esos no se fabrica para tres días, sino para un mes.

Además, cada palco está provisto de una sirena eléctrica. Llego una murga y la sirena empieza a estrepitar y hasta los gatos rajan por las cornisas.

De allí que ocurra esto. Hay gente que conoce únicamente el carnaval de su barrio. No ha necesitado moverse del balcón de su casa para ver desfilar todas las murgas, que forman una especie de compañías teatrales improvisadas y para las cuales hay hasta compositores de tangos y letras; porque, en el tablado de Arlequín, hay un jurado compuesto por los más eminentes vecinos, que juzgan cuál es la comparsa que merece un premio de cincuenta o cien pesos oro.

Es realmente notable este espíritu de cooperativismo que tienen los uruguayos. Me decía un estudiante universitario al respecto:

—Si algún país americano va a ser el primero en implantar el comunismo en su estado, posiblemente el primero sea el Uruguay.

No sé si era o no comunista.

Corrección del público uruguayo

Juro que estoy profundamente asombrado. Este público es de una corrección magnífica. En torno de los tablados se reúnen familias,

hombres de todas las condiciones, y a nadie se le ocurre pellizcarla a su vecina ni constatar las curvas de nivel que tiene una muchacha que está sola. Nadie molesta a nadie. Ustedes saben lo que es el carnaval entre nosotros y lo que le pasa a la menestrala que se aventura sin compañía. Y lo que le pasa a veces al que la acompaña.

Aquí, una muchacha puede ir tranquilamente sola a las once o doce de la noche a mirar cualquier tablado. Nadie, absolutamente nadie, se mete con ella.

Hombres y mujeres asisten tranquilamente sosegados al espectáculo que ofrecen las murgas frente a un “jury” de señores que, con el sombrero hundido hasta las orejas, se esgunfian admirablemente y engrupidos con el arte y la música.

Yo miraba y me decía: ¿es posible que me encuentre en un país de América? Porque si esto pasase en Buenos Aires, o en cualquier pueblo de los alrededores... Pero ¡no hay caso! Todos, respetuosamente, junábamos las comparsas, hasta que la sirena suena despidiendo la merza que se dirige a otro tablado, mientras que al tablado que queda solo van llegando los componentes de una nueva murga.

Solo como una lluvia, caen silenciosamente sobre las espaldas, sombreros y cabelleras, disquitos verdes, blancos y amarillos y azules de papel picado.

Canciones “da terriña” (Aguafuertes uruguayas, 24 de marzo de 1930)

El puerto de Montevideo, como todos los grandes puertos del mundo, tiene sus rincones pintorescos; rincones que hablan a los ojos y rincones que hablan al corazón.

Pasaba por un boliche, que parecía caverna de ladrones. Esquina sin ochava, edificio chato, con tejas, columna esquinera encalada y mostrador pintado color sangre de toro. Varios turros prendidos a los vasos de caña y guindado. Un gaitero tocaba, y entonces me metí, sin

que nadie me llamara. Porque es lindo eso de meterse donde a nadie uno interesa. Ciertamente es que a veces se corre el riesgo de que lo echen, pero entonces uno contesta que no se va, y la gente mirándolo piensa:

¡La pucha que es caradura éste!

Una voz cantaba, y por eso me gustó:

Esta noche va a llover...
que lleva circo la luna;
quiera Dios no lluevan palos
por las costillas de alguna.

Y otra voz le retrucó al cantor:

Ahora que va la mía
y la de mi camarada,
la tuya no vale nada.

Me gustó el bulín y entré; entré a un cuarto encalado, con una mesa de madera blanca, unos banquitos de tres pies y una máquina de cardar lana en un rincón.

La gaita

La vejiga forrada de terciopelo rojo colgaba de una entubadura amarilla que un tío, bigotudo y zaino, tocaba de pie, con el funyi requintado sobre la frente, mientas que un gallego chato, cabeza redonda, ojos verdes y faja negra, le cantaba en los oídos, con la mirada licorosa de tantos guindados que se había mandado a bodega:

Esta noite e maí'la outra,
e maí'la outra pasada,
miña peregrina nova
¡cómo queda achavalada!

Un tío de gorra, y más cargado de carbón que un minero, sentado en la mesa acompañaba con un rataplán de puños la melancolía de la gaita que seguía con su estridencia dulce mientras que el cantor de pie, y zapateando, decía:

El cantar y el bailar
los echó Dios por el mundo,
que quien no canta ni baila
tiene alma de vagabundo.

Pedí una caña, le ofrecí otra al cantor, y le dije al gallego gaitero:
—¿Por qué no toca la “Alborada de Veiga”, amigo?

La alborada

Una señora me decía, cierta vez, que la “Alborada de Veiga”, era la gran canción de honor de los gallegos. Yo la había escuchado en el piano, pero nunca creí que fuera tan linda en gaita.

En cuanto sonaron los primeros quejidos de montaña que tiene la canción, los “gaitas” que estaban en el boliche quedaron desfigurados. El cantor se sentó a la mesa; la boca se le entreabrió ligeramente y empezó a mirar lejos, quizá a una distancia de quince o veinte días de viaje, quizá a una distancia de tren... La boca ligeramente entreabierta, los ojos anhelosos. El otro cargado de polvo de carbón, ahora daba con los puños y con el codo simultáneamente en la tabla, mientras que la llorosa melodía de la alborada brotaba de la gaita roja colgada de la entubadura amarilla.

Y el cantor lanzó al aire:

Vuelve la moza del prado
y no vuelve con las flores;
doncella que así se viene
es que ha ido por amores.

El boliche retiembla, y la voz continúa:

Vuelve la moza del prado
y sus ojos miran lejos...
doncella que así se viene
tiene querer bermejoso.

Una alegría salvaje brilla en estos ojos de hombres que trabajan brutalmente. Mugrientos, cargados de polvo de carbón, engorradados, con los ojos revueltos de caña, entusiasman. Están sufriendo deliciosamente por el terruño lejano. Uno lleva el compás de la canción con las palmas de las manos, y yo, frente a mi guindado, hago lo mismo, palmeo, y con los botines zapateo, mientras que la “Alborada de Veiga” despliega ante nuestros ojos un paisaje montañoso, rijoso.

—Otra vuelta de caña —grita, y “escabiamos” todos.

Vuelve la moza del prado
y tiene los labios pálidos;
doncella que así se vuelve
ha besado a otros labios.

El patrón del boliche pone jactanciosamente la “otra vuelta” sobre la mesa.

Estoy un poco aturdido de tanta bebida. El hombre de la gaita, con el funyi sombreándole la frente, sopla, mientras que el gallego chato, de cabeza redonda, ojos verdosos y refajo negro sobre el estómago, le canta en los oídos, moviendo las piernas:

Esta noite e maí la outra,
e maí la outra pasada,
miña peregrina nova
¡cómo queda achavalada!

No simpatiza conmigo (Aguafuertes uruguayas, 25 de marzo de 1930)

¿No es el colmo de los colmos, que para salir de Montevideo para Río de Janeiro —yo que soy argentino y mis documentos están todos en orden— haya tenido que recurrir a las recomendaciones de un señor Baroffio, director del *Mundo Uruguayo*? Y, sin embargo, es así. Ir recomendado al secretario de la embajada argentina en el Uruguay para que éste, a su vez, me presentara a nuestro embajador, el señor Estrada...

Y todo porque nuestro cónsul general es un caballero hepático.

Me habían dicho...

Ya me habían dicho que nuestro servicio consular era pésimo y yo no lo creía. También un agregado a la Asociación Cristiana de Jóvenes me pasó el mismo informe. Se trata de un señor chileno que harto de todos los inconvenientes que le ponían en nuestro consulado, tuvo que recurrir al representante de su país, el que dio fin a todas las pavadadas que oponían en el consulado con su intervención.

Pero que yo tuviera que ir recomendado por un señor uruguayo para hacer valer mis derechos de argentino, ¡es el colmo de los colmos! Yo he señalado la paja en el ojo de los uruguayos, pero, no hay vuelta: en el nuestro hay, no una viga, sino un esqueleto de cemento armado.

Lo que pasó es sencillo. Llegué una mañana al consulado en circunstancias en que el señor cónsul general tendría un derrame de bilis, pues es un ente alto, flaco, descolorido como el cebo y cejijunto como un agente judicial. Por la sencilla razón de que yo no había “visado” mi pasaporte, se negaba a certificar la autenticidad del “certificado de buena conducta”.

Argüía:

—Nadie me garantiza que este documento no sea falso.

—¿Quiere que le traiga diarios con mi retrato, que demuestran que no soy un L.C., sino un periodista?

—A mí no me interesa...

—Es que me hace perder el pasaje en el “Darro”.

—Bueno, señor; no me moleste...

La frase

La frase: “No hay cosa más difícil que hacerle beber agua a un burro que no tiene sed”, pinta un estado humano frecuentemente real. El cónsul general estaba furioso conmigo, porque yo lo miraba como preguntándole con los ojos: “¿Por qué es usted tan flaco, caballero? ¿Por qué abrevia la longitud de su florida existencia con broncas tan inoportunas?”.

Y efectivamente, yo lo miraba con esas preguntas en los ojos, debido a que me había formado la ingenua idea de que los cónsules y demás diplomáticos eran personas muy finas.

Y he aquí que el primer espécimen con el que tropezaba en mi camino era la negación de ese espíritu que demostraba poseer Talleyrand, de quien se dice que podía recibir un puntapié sin que por eso dejara de continuar conversando sonriente con su interlocutor.

Como es lógico, salí chispeando del Consulado. Me dirijo a la Embajada, pero como era de tarde, no había nadie. Tuve la sensación de que mi pasaje en el “Darro” se iba al diablo. Lo veo al señor Baroffio, director de *Mundo Uruguayo*, y ese caballero me recomienda al primer secretario de la Embajada Argentina; y he aquí que, munido de mi libreta de enrolamiento, pasaporte, certificado de buena conducta (yo siempre he sido muy seriecito), mi novela *Los 7 locos*, más un ejemplar del diario *El Mundo*, me dirigí a la Embajada. Excuso decir que el primer secretario me atendió muy bien. Allí ya comenzaba el espíritu talleyrandesco, e inmediatamente me presentó a nuestro embajador, el señor Estrada, quien miró el pasaporte, el certificado,

la novela, el diario *El Mundo*, y cuando nos acordamos estábamos hablando de España, de Valle Inclán, de Cansinos Assens y de Ramón Gómez de la Serna.

El señor Estrada sonrió indulgentemente ante las ínfulas de nuestro cónsul, que temía causarle perjuicios al gobierno argentino al garantizar con su firma la autenticidad del certificado de “buena conducta” que éste, o mejor dicho, su policía de investigaciones, me había “otorgado a pedido del solicitante”, e inmediatamente, “bajo su responsabilidad”, le pidió al señor cónsul general que me firmara el pasaporte.

Estoy mucho más tranquilo, ahora que ese compatriota mío, que no logró simpatizar conmigo a pesar de mis protocolares sonrisas e interrogantes miradas, certifica que tengo buena conducta. Hoy me embarco en el “Darro” que me conducirá a Río de Janeiro, ciudad que sólo conozco a través de algunas tarjetas postales muy mal iluminadas.

Desde allí continuaré mi charla con ustedes. Depende, en primer lugar, de que pueda defenderme de la “fiaca” que, según me dicen, ataca a los de abordó y luego de la regularidad con que los aeroplanos lleven a Buenos Aires mis notas y no sufran un aterrizaje forzoso con ellas.

“Fiaca radiotelefónica” (26 de marzo de 1930)

Me llevo, entre muchos otros, un recuerdo grato de esta linda ciudad; un recuerdo que es producto de una observación que acaso habrá pasado inadvertida para muchos porteños que visitan Montevideo.

Aquí no existe la radiomanía: quiero decir que la radiotelefonía no ha adquirido el auge ni la difusión alarmante que tiene en Buenos Aires.

Un amigo uruguayo me explicaba el fenómeno de esta manera:

—En primer lugar, no poseemos las estaciones de broadcasting que tienen ustedes. Por otra parte, y desde el punto de vista informativo, aquí, en el Uruguay, no suceden tantas cosas como en la Argentina. Nosotros (este amigo emborronea cuartillas en un diario local)

nos vemos en figurillas para no amontonar las páginas con comentarios,¹ tal es la escasez de noticias. ¿Qué ganamos, entonces, con tener en la casa un aparato de radio?

La radio como estímulo de la “fiaca”

Tiene razón. ¿Qué ganan con tener una radio? Para solazarse aquí en Montevideo no es necesario sintonizar sino con un tranvía y largarse a la orilla del mar. A mí no me digan que hay nada mejor que la vida contemplativa, que eso de pasarse las horas mirando cómo las olas van y vienen; cómo mojan la arena y cómo la seca el sol ¡Es una papa! Además, uno se siente arrullado por ese rumor ininterrumpido del mar.

Pero los que no tenemos el mar a mano, nos vemos en la necesidad de buscar otro entretenimiento, claro está, dentro del “dulce far niente”; un entretenimiento que no exija ningún esfuerzo mental ni físico, que sea, algo así, como un complemento de la fiaca misma.

Yo conocí a un fiaca-radiómano

Sí señores; yo he conocido a un fiaco-radiómano que se dedicaba a la vida filarmónica contemplativa. Tenía enloquecida a la vecindad con esas aficiones ruidosas. El hombre —me parece verlo— ya había cumplido los dieciocho años, pero se había tirado definitivamente a muerto, con la augusta complacencia de su señora madre. Esa madre ejemplar consideraba que su “nene” no podía rebajarse tanto como para trabajar de dependiente de tienda o empleado de escritorio. Para el “nene”, la amorosa madre pretendía un conchavo de presidente de alguna compañía de seguros o de gerente de banco. Y el mozalbete, estimulado por el amor maternal en el cultivo de la superfiaca, resolvió tirarse a muerto. Me figuro que para él su

¹ Suponemos que dice “amontonar”, pero esa palabra está muy borrosa en el original del diario *El Mundo*.

propia casa, más que casa, era la propia Morgue. Se manyaba de perfecto cadáver.

El “nene” transformado en mortadela se aburría miserablemente; su amorosa madre lo entendió así, y para que no se aburriera le ofreció comprarle una victrola. Este espécimen de fiacún al cubo rechazó el entretenimiento. ¡Y cómo no iba a rechazarlo! A las victrolas, si no son eléctricas (y la que le prometieron no lo era) hay que darles cuerda, hay que cambiar los discos, hay que cambiar las púas...

—No, mamá. Cómpreme una radio; es para gente más intelectual.

Mamá compró una radio. El “nene” quería instruirse; quería conocer la música y la letra de la última ranchera o del último tango y, sobre todo, los detalles de las peleas de box.

Siete horas diarias de radio

Este hijo de tan amorosa madre tiene ahora una ocupación: sintonizar con cuanta estación de radio hay en Buenos Aires. Como es vago perpetuo, se le pegan las sábanas y se levanta a las diez de la mañana y ya comienza a sintonizar. No desperdicia nada, ni las cotizaciones de los capones en La Tablada; se entera de los pronósticos meteorológicos y alterna con toda clase de canciones y bailables.

Había que verlo. Desgreñado, en mangas de camisa; depositada su escualida humanidad en una silla de tijera y haciendo como si escuchara...

Porque yo siempre tuve la sensación de que este hombre no era aficionado a la radiotelefonía ni a la música ni al baile ni a las cotizaciones de La Tablada. Había, simplemente, hallado la manera de trabajar sin hacer nada. ¿No era él, al fin y al cabo el que le daba música a su casa y a todos los vecinos?

Su amorosa madre debe pensar así, porque el día en que el “nene” no empieza a las diez de la mañana a hacer funcionar la radio, se preocupa y cree que está enfermo.

Pero el “nene” es una verdadera fiera para el trabajo. No afloja. Se faja sus siete horas diarias de radio. Yo sé dónde vive, pero no doy su dirección para no perjudicar a los propietarios del barrio. Porque, créanme; allí no se puede vivir tranquilo.

Quería ser mi secretario (Aguafuertes uruguayas, 27 de marzo de 1930)

Usted sabrá que es más difícil entrar a los Estados Unidos que hacer pasar un camello por el ojo de una aguja. Los yanquis parece que se han hartado de tanta inmigración, de tanto elemento extraño que al mezclarse con ellos, les iba a descomponer la raza. Para eso resolvieron limitar a cierta cuota fija la entrada anual de extranjeros al territorio de los Estados Unidos. Pero el gran número de vagos que existe en Europa no se conformó con esas medidas; y así como el whisky continúa entrando subrepticamente en ese país, también los inmigrantes clandestinos continúan filtrándose por las fronteras de esa gran república.

Entrar de ojo y viajar de arriba

Entre los muchos vagos cosmopolitas hay, en gran cantidad, unos que mantienen continuamente encendido en sus azoteas el fuego sagrado del berretín emigratorio. Les gusta viajar, vivir en diferentes países, conocer el mundo, tratar gentes. Son unos vagos superlativos. Eso de andar atorrando por las estepas rusas, como hacía Gorki, es una pavada si se lo compara a este reísmo de trenes veloces, de transatlánticos magníficos y hasta de aeroplanos. Pero esta clase de turismo rante tiene que ser gratuita. La mayor parte de esa gente quiere ir a los Estados Unidos, con el mismo entusiasmo que los musulmanes quieren ir a la Meca; y quieren, además, entrar a Nueva York, de ojito.

Poco antes de embarcarme en Montevideo, conocí a uno de esos tipos. La catadura rasposa, el andar nervioso. Hablaba varios idiomas,

pero no siempre se hacía entender en ninguno de ellos. Me lo presentaron en un boliche húngaro y nos hicimos camaradas entre uno y otro bocado de “gulash”, recontra sazonado con “paprik”.

Una proposición inesperada

—Si usted quiere, podemos viajar juntos —me dijo.

Yo lo miré de reojo. Si el proponente hubiera tenido la parada de un ayuda de cámara, yo me habría dado un corte loco. Pero con esa pinta; con ese traje que le caía como una bolsa de alfalfa y un funyi deformado, cuya cinta parecía señalar, con la grasa, las oscilaciones del pluviómetro, no agarré viaje ni *ad referendum*. Pero me interesaba conocer cuáles eran sus propósitos.

—Mire, señor Arlt. Yo también he sido periodista en Praga. He tenido que irme de allá porque las condiciones económicas eran imposibles. Yo tengo parientes en Nueva York y yo sé que allá me ganaría la vida. Hablo inglés tan bien como español (si lo habla igual se morirá de hambre en las calles neoyorkinas). ¿Por qué no me ayuda y me lleva hasta Río de Janeiro?

Yo lo volví a mirar. Me dieron ganas de preguntarle si quería que yo lo llevara al hombro. No se inmutó. Siguió en franco tren de engrupiento eslovaco.

—Usted dice que soy su secretario y me hace dar un pasaje gratis (El tipo me creía dueño de la compañía de vapores). Una vez en Río de Janeiro me será fácil vivir. Allí tengo parientes y hablo el portugués tan bien como el español...

Este reo polígloto de grupo tan emparentado, empezaba a interesarme.

—¿Y cómo se las va a arreglar para llegar hasta Nueva York y entrar?

—Usted me ayudará. Me parece que entre colegas...

Casi le fajo con el segundo plato de “gulash” por la cabeza. Tuve lástima del sombrero; me pareció una iniquidad mezclar las grasas.

—¿Cómo puedo ayudarlo? —le pregunté.

Se mandó a la sentina dos grandes pedazos de carne y respondió:

—Prestándome su pasaporte. Usted no lo necesita. Usted lleva diarios y revistas con su retrato; usted es un gran escritor conocido por todo el mundo; usted dice: soy Arlt, muestra los recortes de los diarios y no hay guarda de aduana ni centinela de frontera del mundo que no lo deje pasar. Una vez en Nueva York yo le devuelvo el pasaporte y la cantidad de dólares que usted me indique como agradecimiento a ese favor. Pero antes (el tipo ya daba todo por hecho) es necesario que yo arregle mis asuntos aquí. Debo pagar unos vintenes en la casa de pensión donde vivo, cuya dueña, aunque parienta mía, es viuda y pobre.

Me pareció criminal desilusionarlo de golpe. El hombre por hacerme el cuento, se lo había hecho a él mismo: estaba autoengrupido. Me miraba con una ingenua expresión de amistad. Ya se veía viajando en el “Darro” conmigo; ya se sentía dueño de mi pasaporte, con el cual, por ser argentino, le sería fácil colarse en los Estados Unidos.

—Mire, amigo —le dije— Búsquese otro empresario. Con tantos idiomas tan mal hablados no se va a ninguna parte, y con tantos parientes patos, se morirá de hambre. Me ha querido hacer un cuento muy otario. Pero como me ha dado tema para una nota, voy a pagarle la comida. Así quedamos a mano.

Una carta olvidada (Recuerdos porteños, 28 de marzo de 1930)

Antes de tomar el vapor, cuando estaba arreglando mi importante equipaje, tropecé con una punta de papeles, entre los que hallé una carta que un tal señor Giraud (E.B) me había mandado a *El Mundo* pocos días antes de embarcarme para el Uruguay. Si yo había guardado esa carta en mi bolsillo era porque ella me interesaba.

Sed compasivo con los animales

La he vuelto a leer y me ha sugerido un lindo tema para una nota. El señor Giraud es uno de esos hombres buenos que entienden y sienten aquellas palabras del gran Sarmiento: “Sed compasivos con los animales”. Este caballero y yo nos referimos, en ese caso, a los animales de verdad, a los que no hablan ni escriben, a los que andan en cuatro patas o en dos, pero que son animales conscientes.

—¿Por qué no escribe usted contra la crueldad y la estupidez de los adultos y niños que martirizan a los animales indefensos? —me escribe ese señor.

Mire, señor Giraud: lo que pasa es que entre nosotros sólo hay un barniz muy superficial de civilización. En el fondo, no quiero decirle que continuemos siendo salvajes, pero nos gusta el salvajismo. Yo sé cómo debe haberse sentido usted cuando vio a esa manga de atorrantes de diversas edades maltratar a ese pobre perro. Yo, siendo un pibe, me ligué una magnífica pateadura por defenderle la vida a un gato reo; ahora, con más experiencia de la vida, sé que era una gata. A las gatas las gentes, después de aprovecharse de los beneficios de la maternidad felina y de repartir los gatitos entre sus relaciones, las echan a patadas. Quise defender a esa gata de una runfla de aprendices de asaltantes que querían ultimarla a cascotazos. Muchos de los cascotes destinados a la gata barcina (tenía ese pelaje), me los sacudieron por la cabeza.

Es un perro rabioso

Yo he visto a pobres perros desfallecientes de hambre o de sed, perseguidos por patotas de hombres, de niños y hasta de mujeres, al grito de: “¡Está rabioso!”. El pobre can, arrinconado contra una puerta, los miraba con ojos llorosos e interrogantes. Lo habían corrido tres cuadras; estaba débil, tenía hambre y tenía sed. Sus piernas temblaban y su lengua caía a un costado, jadeante y espumosa. Esa espuma

de la sed y de la agitación era... ¡la rabia! ¡Qué macana!

Si ese can hubiera podido hablar, habría dicho unas cosas interesantes. En su cabeza perruna no entraba ninguna luz que le explicara lo que sus ojos veían. ¿Por qué lo perseguían? ¿Qué había hecho?

Hay que matarlo

Alguien, en estos casos, siempre dice: “Llamen al vigilante para que lo mate de un tiro”.

Y llega el chafe, que jamás usó su revólver, porque siempre tuvo miedo de sacarlo ante un criminal, desenfunda el bufoso reglamentario y, acercándose paso a paso, con más cautela que si fuera a reducir a un feroz criminal, empieza el tiroteo.

El perro cae. Sus ojos se enturbian. A través de una neblina ve sin comprender que lo están matando. ¿Y eso, por qué? Porque está hambriento, porque tiene sed, porque sus piernas no le sostenían el cuerpo.

La mayor parte de los perros sin dueño que en un tiempo se mataban, se linchaban, mejor dicho, en las calles de nuestra ciudad, no eran hidrófobos. La crueldad de las gentes los hacía aparecer como tales. Los perseguían porque alguien había tenido la ocurrencia de decir: “Está rabioso”. Los maltrataban. Y el pobre can, ¿qué iba a hacer? ¿Podía hablar siquiera, para decirles: “No sean burros; tengo hambre”?

También los otros animales...

También los otros animales sufren las iras de esas gentes que parecen nacidas para ser asesinos. El señor Giraud tiene razón en lo que me dice:

—A cada rato veo hacer levantar caballos caídos y heridos a patadas; echar gatos y perros a la calle, sin más motivo que estar los dueños cansados de ellos, dejándolos a la intemperie a que se mueran de hambre o que los maten los niños, y cuando a veces me ocurre defender a uno que otro animalito de los malhechores que los martirizan,

se ríen estos de mí o me insultan. Los llamados salvajes no harían tal cosa y, sin embargo, nunca se habló tanto de civilización. ¿Por qué no se aplica la ley, castigando a esos desalmados sin juicio ni corazón? ¿Por qué no se enseña a los niños en las escuelas que los animales sufren como los humanos y que no hay que hacer a los demás lo que no se quisiera que se haga a uno?

Tiene razón, no hay vuelta...

Rumbo al Brasil, en 1º clase (Notas de a bordo, 31 de marzo de 1930)

Son curiosos los sucesos que le ocurren a un fulano que nunca ha navegado.

La primera noche del día de viaje en que embarqué en el “Darro”, a eso de las siete de la tarde oigo sonar el gong. Con la firme intuición de que se trataba del “morfe”, me dirijo al comedor donde, a la entrada, me dio al alto un sujeto petizo, nariz respingada, aire enfático, carirredondo, que llevaba al cogote el collar de perro a que ya en otra nota me referí, cuando viajaba en el “Asturias”.

Este caballero, que chapurreaba a medias el castellano y a otras medias el francés, me explicó que la primera campanada era para lavarse las manos y cambiarse de traje, es decir, “ponerse traje negro”. Eso de “ponerse traje negro” lo dijo con cierto retintín que me amostazó: por dos razones. La primera, porque yo estaba de riguroso blanco, y la segunda, porque no tenía traje negro, ni pienso tenerlo, ni aun cuando se me muera algún pariente. Porque el color negro me impresiona y quita el apetito. Y me parece ridículo en última instancia tener un traje “grone” para darle el gusto a un fulano con cadena colgando del cogote, como los dignatarios bizantinos.

Y el muy ladino debe haber manyado que yo, a pesar de viajar de primera, tenía cara de pasajero de tercera; pero yo, que las pesco al vuelo, le dije:

—Vea socio; yo no tengo nada más que un “jetra”, y es el que llevo puesto. Tengo otro también, pero está sucio y roto. De modo que yo vendré a morfar con lo que tengo encima, y si a los “yonis” no les gusta, que reclamen ante la embajada de su país.

El caballero del collar oyó mi perorata y se inclinó. Excuso decirles que a la mesa, esa noche, vino la gente hasta en pijama. Pero tenían derecho a hacerlo porque en el ropero guardaban uso regios smokings con cola y todo. Será muy elegante, pero yo no rolo con esos artefactos.

Inutilidad del frac

No hay vuelta; me he convencido. Yo tengo psicología de pasajero de tercera clase. Viajo de primera porque el diario considera justo que un tío que suda notas como yo, se merece un camarote laqueado, en vez de descomponerse en una sentina, pero estos mozos, el encargado del camarote, el otro crosta que me avisa cuando está listo el baño, el mozo de comedor, el encargado de bebestibles (que era el turro del collar), el capataz de comedor, que tiene galones y se pasea con más prestancia que el mismo comandante, toda esa gentuza, ha dividido a la humanidad en dos categorías: los que viajan de primera y los de tercera. Para ellos, el mundo se reparte entre dos castas, y como es lógico, yo, perteneciendo espiritualmente a la vaga casta de los tripulantes de tercera, era allí, para ellos, un intruso, el usurpador del trono dorado; porque es dorado el asiento en que nos servían el “alfa” y la cerveza.

Cosa que me divertía en extremo.

Ante todo porque involuntariamente soy filósofo y reflexionaba de esta manera:

Cualquiera de estos poltrones se considera superior a un pasajero de tercera. Servirme a mí con tantas atenciones como a un señor que gasta frac y cuello palomita, es humillarse, es descender en categoría de servidumbre. Y de allí que lo hagan con bronca escondida, y que el tío del collar de perro me pregunte de mala manera si tomo cerveza o

agua, cuando la misma agua o cerveza se la sirve con una deferencia extraordinaria al fulano del “jetra grone”.

Y continuaba diciéndome:

—Y es lógico. Yo soy el tripulante de tercera, que viaja ¡vaya a saber por qué fenómeno sísmico!, en primera; y que en vez de estar cohibido se pasea por allí como si toda la vida hubiera viajado en primera, y ¡qué embromar!... Hay que comprender a esta gente, colocarse en el punto de mira excepcional con que ellos juzgan a la humanidad: viajero de primera o de tercera.

Después había algo más importante. Yo violaba vaya a saber qué sacratísimas leyes marítimas, al morfar de blanco en vez de negro. ¿Se dan cuenta ustedes de la tremenda importancia de comer de blanco en vez de negro?

Y para ese tunante acostumbrado a descorchar botellas de champagne, yo con mi modesto medio “trolli” de cerveza y mi traje Palm Beach (treinta y ocho pesos en liquidación) era un agravio. Sí señores, un agravio para la dorada dignidad del comedor, donde entraban embutidos en trajes cuyo nombre no imagino, señores con la cara color bife de ternera, con los pies laminados por puntiagudos zapatos de charol, tan puntiagudos que un médico español, con quien me hice muy amigo, después de que terminó de cenar, rengueaba sin querer. Tan nefasto había sido el efecto de sus tarros lustrosos como espejos y buidos como puntas de lanzas.

Pero yo que conozco de psicología humana, me dije, mirándolo al mozo y al sujeto de la cadena perruna:

—Dentro de unos días nos vamos a divertir.

Se lo regalo al océano (Notas de a bordo, 1 de abril de 1930)

¡Se lo regalo al océano! Y con todo lo que tiene. Da realmente bronca pensar que hay reos que hacen literatura y que le pasan a la

gente la novela de las bellezas del océano. Y vienen y le declaran como muriéndose:

—¡Ah, el océano! ¡Ah, el mar!

A esos muleros debían obligarles a beber el mar para que terminaran de hacerle creer macanas a la gente.

Aburridor

Yo no le exijo, amigo lector, que me crea y más aún; si no quiere creerme me quedará perfectamente tranquilo, pero si mi palabra le merece un poco de fe, admita ciegamente esto:

Un millón de veces es más divertido un paseo por cualquier canal del Tigre que la travesía del Océano Atlántico. Y si usted quiere, también el Pacífico. Amigo ¡cómo se pudre uno viajando! No hay aburrimiento más horrible que el aburrimiento marítimo, el interminable día y la interminable noche, y las olas que vienen y que van, y que van y que vienen, y usted secándose en el camarote, secándose en el puente, en el primero, en el segundo; esgunfiándose como una ostra en el salón de fumar; y si raja, para variar, al otro salón, se muere de tedio; y si va a la baranda para mirar cómo se estufan los de tercera, acaba como aturdido de opiamiento. Y entonces, vuelta al camarote y a recoger la novela abandonada por quincuagésima vez, y vuelta a tirarla a un rincón y a bostezar con la boca que se le abre como si se le fuera a desquijar. Y bufe y fume, y las olas que vienen y que van y que van y que vienen...

¿A esto le llaman las bellezas del océano? Y todavía hay desfachados que tienen la audacia de decir:

—¡Ah, la contemplación del océano!

No sé por qué se me ocurre que esos infelices no han visto el océano nunca ni en oleografía, pues de otro modo no hablarían así.

Y no hablemos del mareo... De la “marianina”, como lo llama mi compañero de viaje.

Usted empieza por sentir una ansiedad extraña, debilitamiento súbito que lo sorprende a traición; un sudor en la frente, un acabamiento de toda su personalidad que lo asfixia lentamente. Y entonces se da cuenta de que el barco se mueve; la popa sube y la proa baja. Usted, sorprendido —porque el mareo es una sorpresa— raja para su camarote y se tiende en la cama. Y nuevamente es la fuerza misteriosa que de pies a cabeza lo inclina horizontalmente, lo baja y lo sube tan muellemente, que de pronto usted, desesperado, se abandona al mareo fenomenal. Un sudor frío le brota de todos los poros de la piel, sus manos no conservan ninguna energía, el semblante se le desencaja, cierra los ojos y, persistente, misteriosa, rechinante, la fuerza ondula su cama; y usted sólo tiene dos puntos sensibles en el organismo, la nuca que sufre el intolerable calor de la almohada, y estómago donde golpean blandamente viscosidades repugnantes ¿Y a esto le llaman las bellezas del océano? ¡Habría que fusilarlos!

Usted se ahoga. Sale vacilando del camarote, sube al segundo puente, se deja caer moribundo en una hamaca; y el viento fuerte apenas le enjuga la frente. Se le seca adentro su organismo. La oscilación horizontal continúa trabajando con náuseas, y aunque cierre los ojos y no quiera comprobar el ángulo de inclinación de la pasarela de la nave, contemplando la recta del confín, es inútil. Adentro de usted está la comparación, el mareo, la debilidad que le permite apenas caminar vacilante, ese decaimiento que le quita toda energía, dejándolo reducido a un enfermo de una enfermedad estúpida.

Nadie se divierte

Nadie se divierte a bordo. Ni los de primera ni los de tercera. Las únicas ocupaciones de los que no se marean son ir de un rincón a otro, una hora de que suene el gong, empezar a caminar desesperadamente para abrir el apetito. Luego la media hora de comedor, después dormir, refugiarse en el camarote y calafatearse como una ostra en su

concha. Al atardecer, ídem. Media hora antes de cambiarse de traje (se cambian los que lo tienen), luego cenar, aburrirse, mirar las olas, que unas veces son negras, otras verdes, como verde de hoja de sauce. Y así hasta el infinito, la repetición de dichas menudencias.

Un día, otro y otro. Pierden carácter las jornadas. Al tercer día de haberse embarcado, usted se encuentra tan cretinizado, que no sabe si es martes o miércoles. Se pierde la conciencia de la vida normal, y se es absorbido por una especie de caos interior, en que todo lo conocido pasa a un plano distante y secundario. Hechos recientes, le parecen lejanísimos y viceversa; detalles casi olvidados de su vida, escenas remotas, se le aparecen en la mente con una lucidez extraordinaria.

Pero, de esto, a divertirse, o a encontrarle belleza, ¿comprende usted?, hay una distancia enorme. Por eso le digo:

—Créame, señor: un viaje al Tigre es más interesante que la travesía de los dos océanos.